

POR LA IGUALDAD REAL,  
TÚ CUENTAS...



I CONCURSO  
DE MICRORRELATO  
Y RELATO CORTO





**I CONCURSO DE MICRORRELATO Y RELATO CORTO**  
**“Por la Igualdad Real, Tú Cuentas”**

©  
Ayuntamiento de Salamanca

©  
Textos:  
Las personas autoras

©  
Cubierta, ilustraciones y maquetación:  
Gloria Hernández Serrano

Depósito Legal: S 301-2021

Impreso en Salamanca  
Por La Gótica Digital  
Octubre de 2021

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo de los editores.

Por la Igualdad Real  
tú cuentas...



I CONCURSO  
DE MICRORRELATO  
Y RELATO CORTO



# ÍNDICE

PRESENTACIÓN	13
--------------	----

## MICRORRELATOS

PEINANDO SUEÑOS. María del Carmen Pedrero Robles (Primer Premio)	15
LAS DEL VERMÚ. Laura González Capilla (Segundo Premio)	16
ADIÓS FILOMENA, ADIÓS. Tomás García Merino (Tercer Premio)	17
EL CEPILLO DE ARIADNA . Alicia Antón Sánchez	18
ESPÍRITUS COMBATIVOS. José Luis Baños Vegas	18
LA PREGUNTA. Esther Bengoechea Gutiérrez	19
LUTO PERPETUO. Israel Box Hernández	20
IGUALDAD vs. DESIGUALDAD. María Aurora Bretos Lana	21
SOMOS MÁS QUE MERAS MUSAS, SOMOS MÁS QUE MEROS CUERPOS. Beatriz Chaves Vázquez	21

TRANSFORMACIÓN. Gian Pierre Codarlupo Alvarado	22
ZAPATOS DE MUJER. Patricia Collazo González	22
SIMETRÍA. Irleni Milena Corredor Robles	23
PRÓXIMA PARADA: IGUALDAD. Marta Cucarella Pérez	24
ESPADAÑA. Carmen Elena Ochoa	24
EVOLUCIÓN. Fernando Expósito Herrera	25
HITOS. Lorena Frago Bertolin	25
COMO UN VIEJO CASTAÑO ABANDONADO. Eduardo Isidro Galguera García	26
LLUVIA DE ESTRELLAS. Isabel García Viñao	27
CUESTIÓN DE SEXO. José María González Oria	28
AZUCENA. Estela Gutiérrez Arribas	28
¡MUTATIS MUTANDIS! . Mercedes Gutiérrez Sastre	29
LA CARGA MENTAL. Lucía Huidobro Gutiérrez	30
ABRIENDO CAMINOS. María de los Ángeles López Díez	31
EL INFORME. Pablo Lorente Muñoz	32
VERSOS SUELTOS O LIBRES. José Antonio Martín Viñas	33
LA NUEVA RESPONSABILIDAD. José Manuel Mateos Oncala	34
MARCOS DESPIERTA. Iván Mascuñán Pastor	34
EL OTRO MUNDO. Zenón Nicolás Bolino	35
CUENTO. Anna Oliveras Pare	36
NUESTRA VID. Vladimir Pérez Bermúdez	37
AVENTURAS EXTRAORDINARIAS DE UNA NIÑA NORMAL. Manuel Pablo Pindado Puerta	38
EL PRADO DE LA VIDA. Laura Rodríguez Manso	39

¿Y POR QUÉ NO MARTINA? Coloma Candelaria Rodríguez Ruiz	40
PASTORETA. Alberto Rufas Bafaluy	40
UNICORNIOS AZULES. María Elena Sánchez Alonso	41
ASTROS. Natalio Sued	42
MINUCIAS. Juan Manuel Velasco Centelles	42
LA MAGA. José Manuel Villalgordo Saura	43
NUESTRA MATRIZ. Isadora Willson Gazmuri	43
EL ORDEN DE LOS SUMANDOS NO ALTERA EL RESULTADO. María Esther Zárate Moya	44

## **RELATOS CORTOS**

SALOMÉ. Elena Olivella García (Primer Premio)	47
LA ABUELA AMELIA. Cecilia Hernández Sanz (Segundo Premio)	50
MIS DESVARÍOS. Nuria García González (Tercer Premio)	53
LA ESPADA DE ELLA. Sara Barbazán Domínguez	56
REBELIÓN EN LA GRANJA. Miguel Ángel Carcelén Gandía	59
PROPUESTAS BÉLICAS, LOGÍSTICA Y MENESTERES MARCIALES. Alfio Omar Cao Favot	61
CINCUENTA. Raúl Clavero Blázquez	65
VENCIDAS, NO. DESPOSEÍDAS. Juan José Coronado Fernández	67
ALEX Y ANDREA. Raúl Díaz Barrios	69
A SU HORA. Enrique Espejo Torija	72
ESA LUZ EN LOS BOLSILLOS. Antonio de la Fuente Arjona	74
SI ME PREGUNTA. José A. Gago Martín	77

DIÁLOGOS CON MI DIARIO. Quintín García González	80
EL PARIPÉ. Tatiana Hernández Menen	83
TESTIMONIOS. Cristina Martín Fuentes	86
DORADA EN PAPILOTE. Goretti Pérez Ruiz	88
TANTO MONTA. Eumelia Sanz Vaca	91
LA REALIDAD EVOCADA. Lara Pilar Sosa Ferrera	94
DÉJATE LLEVAR. Mariam Vicente Copete	96





## **PRESENTACIÓN**

Este 2021, el Centro de Información y Asesoramiento a la Mujer cumple su trigésimo aniversario como espacio municipal para el desarrollo de programas y proyectos dirigidos a mejorar la situación de las mujeres en la ciudad de Salamanca con el objetivo de hacer realidad la igualdad de oportunidades.

Desde su creación, su actividad se ha ido consolidando hasta convertirse en un referente autonómico y nacional, siendo considerado como centro puntero en muchas de sus actuaciones a favor de potenciar la participación de la mujer en todos los ámbitos sociales y evitar la discriminación por razón de sexo.

Uno de los principales pilares sobre los que el centro asienta su prestigio es la intervención con aquellas mujeres que sufren violencia de género, una lacra social que, sin duda, supone la mayor causa de desigualdad entre hombres y mujeres.

Con motivo de este 30 aniversario, desde el Ayuntamiento de Salamanca hemos impulsado la creación del concurso de relatos y microrrelatos, cuyos trabajos ganadores se recogen en estas páginas junto con otras obras que, por su calidad literaria, han sido seleccionadas para formar parte de este ejemplar.

Estamos muy satisfechos con la gran acogida que ha tenido esta primera edición del concurso. De hecho, han sido casi 200 autores y autoras, procedentes de 15 países diferentes, quienes han plasmado en palabras el sentir de una sociedad que no tolera la desigualdad ni la violencia hacia la mujer.

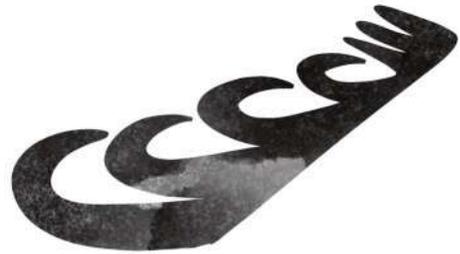
Esperamos que esta publicación sirva como homenaje a todas las personas que a lo largo de estos 30 años de trabajo del centro han contribuido a su afianzamiento y, también, que sea un aliciente para seguir reforzando el importante papel que desempeña por una sociedad verdaderamente igualitaria.

**Carlos García Carbayo**

Alcalde de Salamanca



## **MICRORRELATOS**



### ***PEINANDO SUEÑOS. María del Carmen Pedrero Robles (Primer Premio)***

Siempre me imaginé peinando las olas de un mar que nunca vi. Hubo momentos, que incluso pude sentir la humedad de sus mechones entre los dedos. Quizá los confundiera con mis lágrimas, no lo sé. En un mundo impregnado de testosterona, donde apenas había sitio para los sueños de una niña de tierra adentro, me atreví a soñar el océano. Asumí con cordura mi locura, ¡La felicidad es cosa muy seria!, escribió alguien. Durante las siestas del estío, me subía sobre la tabla de planchar, para experimentar el vértigo de sortear las olas que se escapaban de la marina del salón. Luego lo apuntaba en mi libreta de hojas cuadriculadas para contárselo a Tomás, mi perro y confidente, irónicamente el único que no necesitaba ver para creer. Sí, siempre necesité imaginar para vivir vidas más amables. Me imaginé peinando nubes o en tierra firme, quitándole el delantal a mi madre para vestirla de reina. Me imaginé peinando sus sueños de mujer, en un intento desesperado de juntar sus partes rotas. Un día de febrero, decidió irse. Quiso abandonar el frío del invierno para emigrar al Sol, dejándome aquí, a la espera de que suba la marea, peinando olas... Las olas de un mar que nunca vi.

### ***LAS DEL VERMÚ. Laura González Capilla (Segundo Premio)***

Me despierto con el sonido de la alarma. Cualquiera otro día habría aporreado el despertador, pero hoy agradezco haber salido de la pesadilla que no me ha dejado dormir bien. Alguien del equipo me gritaba que le pasara el balón pero yo chutaba con tanta fuerza que la pelota acababa saliendo del campo. El árbitro pitaba el final y perdíamos el partido.

—¡Álex, el desayuno!—grita mi madre.

Bajo las escaleras sin mucho ánimo, aún con el disgusto que me ha provocado el sueño, pero sonrío al ver a mi abuela en el pasillo, que me espera con los brazos abiertos.

Mi abuela... No sé cuántas veces habré escuchado en el pueblo que siempre ha sido una mujer adelantada a su tiempo. Un buen día decidió que los domingos quería descansar de la cocina y hacer el vermut con sus amigas. Así que le dijo al abuelo que, si los domingos quería comer, tendría que cocinar él. Se comieron unas cuantas lentejas quemadas, pero con el tiempo el abuelo aprendió a hacerlas mejor que nadie.

Al principio la abuela sólo consiguió convencer a su mejor amiga para que se uniera a su causa, pero poco a poco les fueron acompañando muchas más mujeres del pueblo, a las que llamaron “Las del vermú”.

—¡Abuela! ¿qué haces aquí?—pregunto, abrazándola.

—¿Dónde iba a estar, sino?

Al separarnos, me fijo en la camiseta que lleva: una foto mía jugando al fútbol estampada y debajo, el lema: “Alejandra, 3ª generación de *Las del vermú*”.



***ADIÓS FILOMENA, ADIÓS. Tomás García Merino (Tercer Premio)***

Filomena colocó cariñosamente el portarretratos con la foto de sus nietas en la caja de cartón, junto al imperecedero cactus y a la desgastada agenda.

Levantó la vista y recorrió cada recoveco de la oficina vacía. No se acostumbraba a ese insólito silencio.

Llevaba treinta años trabajando entre esas cuatro paredes. Una semana antes había recibido la carta de Recursos Humanos:

*“... Debido a la ausencia total de asuntos a tratar en su departamento, nos vemos en la obligación de prescindir de sus servicios...”*

Recogió varias pajaritas de papel mal rematadas, descolgó los dibujos de la pared, regalos de los niños que se habían entretenido mientras ella atendía a sus desdichadas madres. Una sonrisa se dibujó en su rostro al ver unos garabatos que intentaban parecerse a ella. En una esquina del folio, escrito con trazo infantil, volvió a leer una vez más: “Gracias Filo”.

Sujetó la caja junto a su cadera, miró por última vez el reloj de la pared y salió a los soportales, contempló el hermoso cuadrilátero irregular que la había acompañado cada día al entrar y salir de su trabajo. Hombres y mujeres reían en las terrazas.

Una inmensa alegría la inundó, se giró sobre sus pasos y con orgullo observó a dos operarios encaramados en ambas escaleras. Descolgaban el letrero de la fachada y Filo, con lágrimas en los ojos, pudo leer: *“OFICINA PARA LA IGUALDAD”*

***EL CEPILLO DE ARIADNA. Alicia Antón Sánchez***

—Juan, dejó aquí un cepillo y crema desmaquilladora.  
—¡Prefiero que no! — aseveró asomando la cabeza por la puerta.  
—Cariño, paso aquí más tiempo que en mi casa.  
—Ya me conoces, soy muy mío— asomó la cabeza por el dintel y sonrió cariñosamente al tiempo que le tiraba un beso antes de volver al comedor. Ariadna acabó el papel higiénico y lo repuso cuidadosamente para que colgara del lado que Juan prefería. El extremo suelto sobre la parte superior para que así no tocara la pared: esa era otra de sus manías. También era inflexible con eso.  
El ceviche estaba sabrosísimo, disfrutaron del vino y la conversación. Hicieron el amor sin prisa. A pesar de los años juntos, el deseo permanecía. Terminado el domingo ella guardó pensativa sus cosas en la mochila. Durante un largo rato fijó su mirada en las cerdas.  
—Hasta mañana, amor.  
Ariadna nunca volvió.

***ESPÍRITUS COMBATIVOS. José Luis Baños Vegas***

Clarita, como la llamaba todo el mundo aunque frisara los setenta, era una mujer menuda y de mirada vivaracha que ocupaba un despacho desprovisto de todo lujo y en una de cuyas paredes colgaba una vieja fotografía en blanco y negro de una mujer que, por su peinado y ropajes, parecía de otra época. Clarita se había fogueado como abogada en la difícil época de la Transición y me contrató de pasante nada más concluir mis estudios de Derecho. Al contrario que la mayoría de las personas que yo conocía, ella nunca quiso jubilarse. Cuando teníamos entre manos algún caso en el que nuestra clienta de turno se quejaba de haber sufrido en su lugar de trabajo cualquier tipo de discriminación por razón de sexo, Clarita enseguida apelaba al «espíritu combativo de Ascensión». Cierta día mi curiosidad hizo que le preguntase por ese extraño espíritu que ella invocaba de vez en cuando y que parecía darle energías. Entonces fue cuando me habló apasionadamente de su heroína, Ascensión Chirivella, la mujer de la fotografía y la primera que ejerció la abogacía en nuestro país,

luchando en los convulsos años veinte y treinta del siglo pasado para reivindicar los, entonces casi inexistentes, derechos de las mujeres y así intentar hacer un mundo más justo e igualitario para todos. Años después tuve el honor de ocupar ese mismo despacho y colgué en la pared, junto a la fotografía de Ascensión, una de Clarita para nunca olvidarme del espíritu combativo de ambas.



***LA PREGUNTA. Esther Bengoechea Gutiérrez***

Aprieta los dientes para no llorar de rabia. De rabia y de impotencia. La pequeña estancia, bastante oscura de por sí, se ha convertido en tinieblas, donde solo retumba esa voz, grave y áspera. *¿Será usted capaz de mantener su actual nivel de trabajo?* Las imágenes se suceden ante sus ojos como fognazos. Las becas, los préstamos, las carreras, el Máster. El esfuerzo de su madre, sus buenas notas, las felicitaciones, los títulos. Todo limitado a nada, a tan solo una pregunta.

*Pues claro*, contesta después de unos segundos, tratando, con todas sus fuerzas, de que no le tiemble la voz. Acto seguido, se levanta y abandona la habitación. Ya ha tenido bastante. Al salir, se choca con un compañero de la oficina. Él también tiene tres hijos, igual que ella. Pero a él nunca le han llamado a esa habitación para hacerle la pregunta.



***LUTO PERPETUO. Israel Box Hernández.***

El 8 de marzo de 1939, su Antoñico recibió el telegrama que le instaba a alistarse en el Frente. Ella rompió a llorar ante la imagen del Cristo y en voz alta recitó su súplica: Si libraba a su marido de ir a la guerra, prometía guardar luto perpetuo. Dos días después, Antonio perdía la pierna en un accidente laboral. Dios escribe con renglones torcidos, pero ella suspiró aliviada cuando fue declarado no apto para combatir. Sacó del armario el vestido negro y no pidió opinión al espejo. El 1 de abril de 1939 mientras el locutor de Radio Nacional anunciaba el final de la guerra, Antonio le rompió la mejilla derecha de un bofetón. Era la primera vez que le pegaba. No fue la última. Cada moratón traía de regalo nuevas dosis coleccionables de soledad e incomprensión. El Fuero de los Españoles de 1945 se lo dejaba muy claro: “El matrimonio era uno e indisoluble”. Para Monseñor Planes, su confesor, cualquier atisbo de separación suponía un apocalipsis que amenazaba con derrumbar la institución de la familia. Temerosa de miradas y susurros, optó por meterse los resuellos para dentro.

La falta de pan hizo que su marido no pusiera objeción alguna, cuando el 21 de diciembre de 1945, la llamaron para trabajar en la campaña navideña de Almacenes Arias. Una sonrisa resarcitoria y esperanzada rompía la tristeza de su rostro, y su promesa al santo, cada vez que se ponía el disfraz color rojo chillón de Papá Noel.

**IGUALDAD vs. DESIGUALDAD. María Aurora Bretos Lana**

Imagina un mundo lleno de oportunidades para todos y todas en cualquier ámbito de la sociedad.

Género masculino y femenino sin discriminación alguna. Imagina...

Un mundo con una cultura paritaria en el mercado laboral y en el hogar.

A ver, ¿qué opinas de momento?

Las mujeres siguen siendo insuficientes en altos cargos políticos y ejecutivos, no consideradas en la literatura e historia como se debería, sufren de la famosa brecha salarial y, por si fuera poco, en la mayoría de países, ellas son las que más sufren de violencia física y sexual. En definitiva, nosotras somos discriminadas en muchas situaciones de la vida solo por el mero hecho de ser mujer.

Duele que la realidad sea así de dura.

Ahora que lees esto, ¿te parece justo lo que ocurre? Es momento de actuar y educar antes de que sea demasiado tarde contra la

**D E S I G U A L D A D**

**SOMOS MÁS QUE MERAS MUSAS, SOMOS MÁS QUE MEROS CUERPOS. Beatriz Chaves Vázquez**

Resultaba curioso, resultaba inquietante: ver cómo a lo largo de la historia, las mujeres artistas no resultábamos importantes. Éramos diosas, mito, inspiración... pero no se reconocía nuestra capacidad de creación.

Éramos amantes, madres, hermanas... pero nuestro intelecto no resultaba significativo. Nuestros cuerpos se cosificaban, se retrataban, se desnudaban; nuestros pensamientos se destrozaban, se desmenuzaban, se invisibilizaban. Había fuego en nuestras almas, pasión en nuestros corazones; nos preferían en calma, dándonos mil absurdas razones.

Nos desgañitábamos, hartas de los engaños; ser mujer es tener muchas ganas... y nunca ganas, solo pierdes...

El silencio era a veces nuestro grito más potente; escondíamos nuestras mentes y nuestros apellidos en libros, en maridos artistas, en el anonimato... con la frugal esperanza de brillar algún día —en algún futuro—, aunque fuera por un rato.

### ***TRANSFORMACIÓN. Gian Pierre Codarlupo Alvarado***

Se ha puesto su vestido azul y lleva un pañuelo rojo en el cuello. La transformación que ha sufrido su cuerpo ha hecho que su padre opte por el silencio. No le importa esa mirada ni tampoco que su madre le diga que tiene una belleza incómoda. Nada de eso. Al fin ha decidido marcharse de casa, pero no quiere partir a otras tierras. Aquí tiene un trabajo y vínculos cercanos. Cada vez que va en el metro afirma su personalidad, sus ojos ya no huyen y las personas ya no se ponen de pie cuando ella se sienta. Los niños ya no se asustan de sus brazos y su espalda ancha. Baila una música solitaria. Hace 15 años, cuando aún era joven e ilusa, se dedicaba a alquilar su corazón por las noches o cuando llegaba una llamada misteriosa. Nunca olvidará el día que le marcó Fernando.

—Vamos a hacer la revolución. ¿Te apuntas?

—Cuando haya una revolución que incluya a las maricas me vuelves a llamar.

—Por eso te llamo.

Desde entonces ha ido viendo el desmoronamiento del viejo mundo, el desmoronamiento de lo que se conocía como masculinidad.

### ***ZAPATOS DE MUJER. Patricia Collazo González***

—Como si te hubieran instalado una zapatería femenina entera en medio del cuarto, Jaime. Hoy es la reunión con dirección.

—No entiendes. El zapato apareció junto a mi cama. Estaba ahí cuando desperté. No he traído ninguna mujer a casa. Anoche ni siquiera bebí. No sé por qué me dio por probármelo. Y ahora no puedo quitármelo. ¿Cómo voy a ir así a la oficina?

—Jaime: tienes veinte minutos.

Arrojo el móvil sobre las sábanas revueltas. Cruzo el pie enfundado en cuero sobre la otra pierna. Cojo el zapato con ambas manos y tiro. En lugar de aflojarse, se incrusta más.

Rengueando llego al pasillo donde encuentro el otro componente del par. No puedo evitarlo: lo calzo también. De inmediato, empiezo a caer en un pozo interminable. Entre obligaciones que no consigo atender, niños que lloran, un marido colérico, una nueva prueba de embarazo positiva, la cola del paro y entrevistas tras las que nunca me llaman.

Entonces, en medio de la vorágine, lo entiendo todo cuando, como en un flash, recuerdo a la candidata que he rechazado ayer a pesar de su brillante currículum. Sus circunstancias personales (dos niños pequeños, edad de procrear un tercero), me obligaron a hacerlo. Para que no se quedara con mal sabor de boca, le expliqué mis motivos. Recuerdo también como si lo estuviera escuchando ahora, lo que me dijo al salir: muchas gracias, señor Estévez, pronto haré que se ponga usted en mis zapatos. Y ya me dirá.

### ***SIMETRÍA. Irleni Milena Corredor Robles***

Nunca se parecieron. Ella madre lechuza, ella hija colibrí. Ella conversadora de la existencia, ella oyente de leyendas. Ella devota, ella inconforme. Ella y la cocina, ella y la palabra. Ella visionaria de la posteridad, ella vividora del ahora. Ella hipertensa, ella hipocondriaca. Ella una matriarca infranqueable, ella una terca precipitada. Ella a veces defraudada, ella muchas veces descarada. Ella rojo carmesí, ella rojo magenta. Ella dos partos naturales, ella uno por cesárea. Ella abuela fuego, ella madre agua. Y así, infinitamente, de manera vertical y horizontal.

Pero se dice que, antes de que alguna de las dos faltara, tuvieron el tiempo suficiente para mirarse y reconocerse en tres cosas siempre compartidas: la mirada de roble, la sonrisa de lluvia y el innegable linaje de laguna y maíz.



**PRÓXIMA PARADA: IGUALDAD.** *Marta Cucarella Pérez*

Hora punta. Mario sube al metro e inmediatamente repara en ello. Ya no puede evitar captar detalles como este. El hombre situado enfrente está sentado holgadamente con las piernas abiertas. La señora sentada a su lado, a pesar de ser de complexión más grande, tiene las piernas cruzadas y está apoyada únicamente sobre la mitad de su asiento, intentando evitar el contacto con su vecino. Mario vuelve atrás en el tiempo y sonrío con calidez a aquel chico que puso cara de póquer al escuchar por primera vez aquello de *manspreading*. Cuánto ha aprendido desde entonces. Una voz que repite la parada lo devuelve al vagón. Observa la situación un segundo más y de su garganta sale, atropellado, un:

-Señora, ¿está usted cómoda? Va sentada al borde del asiento. Automáticamente y sin mediar palabra el hombre de al lado se yergue y la señora, con gesto aliviado, puede ocupar todo su asiento. Próxima parada: Igualdad. Mario sonrío y da los buenos días. Esta es su parada.



**ESPADAÑA.** *Carmen Elena Ochoa*

Una mujer revela la belleza en su escritura, en su tejido, en el luminoso laboreo. Hecha a gotas, su piel acaricia las palabras y los espacios de silencio. Húmeda de tinta, sin pudor, se incrusta en los poros de quienes la escuchan dentro de sí. Ella es el alma de todos, y a su vez la tierra, la vida de cada uno. Aun cuando ha sido socavada por siglos, pone su rostro bajo la lluvia. Vive en el anhelo, y en la memoria de otras mujeres, y otros hombres, que no se rinden, como las hojas perennes de la espadaña, donde convive la floración masculina y femenina, alimentada por una misma raíz. Las mujeres han crecido al igual que las enneas, en las difíciles orillas de las riberas, abriéndose camino, y dando refugio a otras vidas.

### ***EVOLUCIÓN. Fernando Expósito Herrera***

Mi bisabuela solo aprendió a coser.  
Mi abuela solo supo leer, escribir y de cuentas.  
Mi madre solo supo sacarse el bachillerato  
Yo, su hija solo supe llegar a ingeniera  
Su nieta solo será Ministra  
Su bisnieta quizás podrá ser presidenta  
Y mi bisnieta quiero que sea... Lo que ella quiera... ¡Pero feliz!

### ***HITOS. Lorena Frago Bertolin***

Cuando yo era chiquitita de repente me encontré con una vida sin dueño y para mí me la quedé.  
La vivía a mi manera, sin prisas, sin reloj, jugando y riendo mucho, aprovechando cada minuto de mi infancia y juventud.  
Hasta que llegué a la edad adulta y aquí el hechizo se rompió. Como si de un reloj de arena se tratara mi vida 180° giró. Tenía que vestir con decoro por el simple hecho de ser mujer, pedir permiso a mi marido para salir a tomar un café, no tenía derecho al voto ni a replicarle a mi patrón, sin que la autoridad me recordase que yo no podía ser yo.  
Dediqué mi vida entera a salir de esta opresión, alzando la voz y luchando con arrojo, con tesón.  
Hoy nace mi nieta y orgullosa estoy, pues mi lucha que fue la de otras muchas, sus frutos dio.  
Nace hoy, aquí y ahora, con las cosas como están, podrá estudiar si ella quiere o echarse al monte a labrar, podrá vivir con quien ella quiera sin pasar por el altar, ganarse a pulso un buen puesto y una empresa liderar.  
Y aunque parezca que está todo logrado, faltan cosas por hacer para lograr una igualdad efectiva, entre el hombre y la mujer.  
Es el turno de mi nieta, y de gente como tú, sin importar el sexo que tengas yo te invito a continuar el camino que iniciamos, para conseguir una CONVIVENCIA EN IGUALDAD.

***COMO UN VIEJO CASTAÑO ABANDONADO. Eduardo Isidro Galguera García***

Ella conocía muy bien el rostro del dolor. Lo llevaba tatuado en la retina. Tenía la memoria cargada de traiciones y no lo dudó. Lo miró fijamente y le lanzó un adiós incontestable. Ahí te quedas, que te zurzan, pensó. Sobraban las palabras. Bien sabía él por qué. Tras cuarenta años juntos, la casa era un pantanal.

La noche antes, eludiendo ir a dormir, devoró una película antigua. Luego cogió los álbumes de fotos. Tumbada en el sofá, fue haciendo balance temporal. Pero las cuentas no salían. Volvía a preguntarse por qué lo eligió, por qué le perdonó tantas veces, por qué no se marchó antes... Rumiando esas cuestiones, llamó su atención una foto del primer otoño juntos, en un castaño alfombrado de hojas secas, abrazados junto a un árbol centenario calcinado, en cuyo interior había una cabaña.

Aquel refugio en medio del bosque fue un lugar especial donde pasaban largas horas, cuando aún se podía acampar en el monte, felices con una sopa caliente y unos chorizos a la brasa. Era suficiente. Sin embargo, viendo aquella foto, tuvo la certeza de que su relación era como aquel castaño, convertido en cabaña, pero vacío de savia y esperanza. Aquella casa y aquel hombre ya no formaban parte de su vida.

Así que echó en una maleta lo que creía necesario y propio. Preparó un café y se dispuso a esperar el amanecer, para decirle al desconocido que dormía en su cama: Ahí te quedas, que te zurzan. O solamente adiós...



### ***CUESTIÓN DE SEXO. José María González Oria***

De intenso color rojo, brillante, con luces cada vez que apretaba el botoncito entre las relucientes ruedas. Se le podía abrir la puerta y apretar la pequeña bocina. El detalle de la sirena era increíble, y... ¡se encendía y se apagaba!, como uno de verdad. ¿Y la escalera?... ¡La podía elevar! Tenía incluso dos bomberos y conductor, y una manguerita que podía sacar y estirar. También había una bombita de goma para impulsar el agua de un pequeño depósito bajo la escalera. El hacha de plástico era un “pasote”, ¿y las ruedas?... ¡giraban!, y yo..., yo cada vez más ensimismada y envidiosa.

Miré la muñeca. Venía con utensilios de peluquería. Tenía cara de boba. No era para nada misteriosa. Vamos, una amiga silenciosa para toda la vida. Yaquie, mi perrita bodeguera, tenía la cabeza inclinada hacia un lado, con un expresivo reflejo copia del mío: incredulidad. Creo que ni las cremitas de los mini botes podían sumar encanto a aquella imitación humanoide y regordeta de Barbie Malibú. Ni siquiera tenía luces. Ya le podían haber puesto unos patines, así tendría ruedas.

Miraba a mi hermano con atención y desazón, y mi enfado era cada vez más grande.

- ¡Vaya día de Reyes!

### ***AZUCENA. Estela Gutiérrez Arribas***

Como raíz profundamente dormida en el margen de un río, así escuché por vez primera aquel pequeño corazón. Un murmullo de fragilidad, un eco de aves a punto de emigrar. Sentí su presencia dentro de mí como una caricia eterna bajo el cálido sol de invierno. Quise tanto en un espacio tan reducido, que tras su pérdida nadie comprendió la compleja geografía de mi duelo.

Perder parece rimar con la palabra olvido; poseer, con recuerdo. Si esto fuese cierto, no recordaríamos aquello que no está. Es eso, lo ausente, lo que no quiero perder a merced del olvido. Por eso acerco la pluma al papel, lo rozo, lo marco y veo surgir ante mí todo aquello que creí extraviado para siempre: la presencia de mi hija.

Nadie siente esa herida que deja una cicatriz tan pálida a la luz de ojos ajenos. Pero existe una memoria colectiva, sigilosa, conformada

por el dolor de cada mujer que ha sufrido un aborto. A este inventario, yo traigo a Azucena, *Lilium candidum*, lirio tan blanco, y traigo la empatía que quizá abraza a todas las mujeres que sufren en silencio una pérdida tan común y tristemente estigmatizada.

**¡MUTATIS MUTANDIS! . Mercedes Gutiérrez Sastre**

“...El pleno del CGPJ aprueba el Plan de Igualdad de la Carrera Judicial”.

Después de leer aquella noticia, su contenido hizo que me emocionase en exceso, hasta el punto que acabé derramando el té sobre la toga.

Abandoné mi negra saya a mejor suerte y me puse a limpiar el sillón. Entonces un individuo encorsetado en otra época, con modales ausentes, irrumpió en mi despacho. Me miró con gesto altivo, dirigiendo un saludo cortante y tomó asiento.

Entró Máximo, un auxiliar, y se deshizo en halagos hacia “su señoría”. Máximo y yo nos miramos. Puse la mano sobre su hombro con firmeza, en un gesto cómplice y tranquilizador. Dejamos que aquel incauto se despachase sin censura, haciendo uso de su mejor lenguaje exclusivo hacia “las noveles juezas”.

Terminado el alegato del lenguaraz sujeto, Máximo se levantó del sillón y me cedió el sitio. Aquel letrado al ver el cambio de roles, tornó a un tono cianótico.

Me presenté y le hice saber que padecía una vieja enfermedad, la “Ginopia”.

Avergonzado, pidió mil perdones. Posiblemente ni siquiera conocía aquel padecimiento extraño, pero se sintió igualmente enfermo, al ver que quien le hablaba era un juez. Debió pensar que el género era lo de menos, pues él solo vislumbraba la negrura de la toga ausente, semejante a su futuro en la sala.

Se puso a mi entera disposición, en un ejercicio de sobreactuada entrega.

- Vienen nuevos tiempos señoría. ¡Mutatis mutandis! - añadió.

- ¡Tú cuentas para cambiarlo! - sentenció.

### **LA CARGA MENTAL. Lucía Huidobro Gutiérrez**

Llegas a casa. Cansada de trabajar y con ganas de relajarte en el sofá. Te preguntas qué habrá de cena. Tardas poco en descubrir que la respuesta es nada. Él está en el sofá viendo la tele. Te saluda alegre. Tú no puedes responder igual, porque la alegría te ha caído hasta los pies en el momento en el que cruzaste el quicio de la puerta. Al disponerte a hacer la cena, te das cuenta de que se ha terminado lo que tenías en mente preparar.

De camino a casa ya hiciste la compra, no sin antes preguntarle si hacía falta algo más.

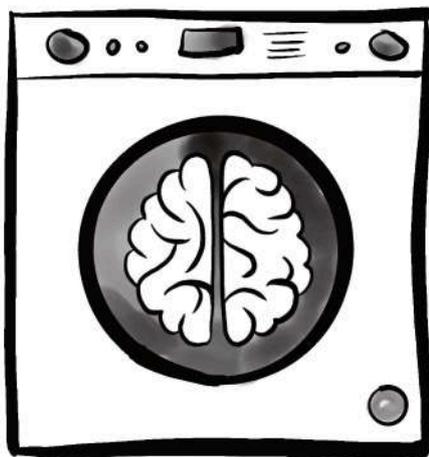
La respuesta fue no. Te preguntas por qué te contesta sin ni siquiera mirar en el frigorífico, sin pensar tampoco en el pan que él ha terminado hace solo un rato.

Estás demasiado cansada y acabas pidiendo una pizza. Te molesta tener la sensación de estar premiándole. Al menos ha limpiado el baño como le pediste, aunque el suelo sigue sucio.

Te preguntas cómo estás siempre tan cansada, si la realidad es que más o menos repartís las tareas al 50-50.

Cuando por fin termina el día, te pones el pijama. Vas a abrir el cesto de la ropa sucia, pero no hace falta porque está tan lleno que ya ni cierra.

Al borde de un ataque de nervios, le preguntas por qué no ha puesto la lavadora llevando todo el día en casa. Él solo contesta que “porque no me lo habías dicho”.



***ABRIENDO CAMINOS. María de los Ángeles López Díez***

Estoy frente a él. Ya no me impresiona, ni siquiera me da lástima. Es otro cliente más, sólo eso.

Mis manos ahora son las que dominan, mis deseos aquí se cumplirán. Sí, estuve muchos años bajo la presión de ese macho alfa, yo era la fierecilla enjaulada, sometida, que obedecía por pura supervivencia. La tétrica habitación donde nos encontramos solos los dos, hace más interesante este trabajo, me pondré manos a la obra, mi tiempo vale mucho y no debo desperdiciarlo.

Me costó estar a la altura de los que tenía enfrente, la valoración en este sector dominado por hombres es difícil de conseguir.

Pero la vida, por puro azar, le ha puesto a mi disposición. Analizaré cada una de sus partes, mis manos recorrerán su cabello, sus facciones, sus hombros, su pecho. Abriré en canal el tórax y al descubrir su corazón rebuscaré mi rostro grabado en él como tantas veces me juró que lo tenía.

Llegaré a sus manos, cada uno de sus dedos..., esos que tantas veces quedaron pintados sobre mis mejillas, abriendo las compuertas del saco lacrimal, y cuando la comisura se secó, quedó desierta y sedienta.

Ya estoy acabando, me esperan más clientes, hoy el día se ha complicado con esas peleas para conseguir a la chica de moda.

Tengo que cambiarme de ropa, cada cuerpo requiere nuevo vestuario.

Trabajo perfecto. Satisfacción total.

Llaman a la puerta:

- Doctora, la policía científica pregunta por usted.

***EL INFORME. Pablo Lorente Muñoz***

Érase una vez un país muy pintoresco en donde las mujeres tenían un hijo y pico de media a una edad del todo desaconsejable para los arcanos del alumbramiento.

En un oscuro sótano de un ministerio brillante, un funcionario bienentencionado pasaba sus días ideando razonables estrategias para fomentar la natalidad. En los altos y luminosos despachos, los conspicuos próceres leían los informes con vehemencia, los comentaban grandilocuentemente y luego, los guardaban bajo siete llaves.

Con el tiempo, se aprobó una de las propuestas: aumentar la duración del permiso de maternidad, y aquel logro fue loado por los medios, y el mundo siguió girando y nada cambió.

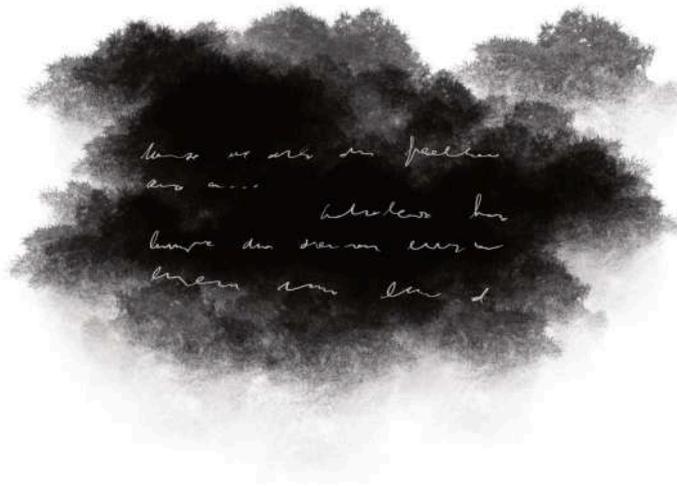
Como las mujeres seguían sin traer más niños al mundo, los líderes decidieron que se debían cerrar unas cuantas guarderías —«servicio deficitario y sin utilidad»—; y al funcionario se le volvió a encargar un informe.

Así fue: en negrita destacaba que las mujeres se quedaban encinta cada vez más mayores; que la larga duración del permiso de maternidad provocaba que el amor hacia sus hijos aumentara enormemente y que les costara mucho separarse de ellos, amén de que oxidaba sus competencias laborales; que los abuelos eran tan proyectos que no podían cuidar a sus nietos y que, en consecuencia, era necesario crear una red de guarderías para que las mujeres pudieran seguir en el mercado laboral.

En un alto despacho, un hombre encorbatado sonreía mientras miraba un mapa del pintoresco país. Buscaba el lugar en donde el maldito funcionario molestara lo menos posible.

**VERSOS SUELTOS O LIBRES. José Antonio Martín Viñas**

Gracias, poeta, por cantar durante siglos a nuestro aspecto, de cabellos rubios como los rayos del sol, de cabellos negros como el azabache, de cuellos como cisnes y de ojos azules como el mar, pero ha llegado la hora de escribir nuestro propio poema, nuestra propia vida con versos, que puede que rimen en asonante o en consonante o puede que sean versos sueltos, o libres, no sujetos a medida, ni a tópicos. Ha llegado la hora de que nuestros poemas salgan a la calle y se expandan por las ciudades y por los pueblos, porque queremos que no nos canten, sino que deseamos cantar nosotras con el esfuerzo diario, con la voz que llevamos dentro y no con la apariencia del color de nuestro pelo o de nuestros ojos. Queremos que nuestras odas se vayan construyendo en el quehacer cotidiano, pero sin estribillos, siempre originales, siempre diferentes. Y, si nos cantan, que nos canten con metáforas y símiles de igualdad, que utilicen en sus versos el paralelismo. Y, si cuentan las sílabas y disponen de licencias métricas, que se apliquen por igual al soneto y a la décima, al cuarteto y a la cuarteta. Si no es así, preferimos ser versos sueltos, o libres, sin medida. Oh poeta, no cantes a la mujer, deja que crezca y se invente en el poema.



***LA NUEVA RESPONSABILIDAD. José Manuel Mateos Oncala***

La admiro. Su fuerza y su forma de encontrar soluciones donde otros verían problemas es inigualable. Ella ha sido mi apoyo desde el principio, con nuestros altos y nuestros bajos, pero siempre comprometidos en llevar a esta empresa a lo más alto. Ingenio y elocuencia, mezcladas con esa chispa de energía, han sacado adelante campañas de lo más arriesgadas. Ella nos ha puesto en la piel del cliente, escuchando sus necesidades e inquietudes, haciendo sutilmente creer al consumidor que necesita nuestro producto. Formamos un gran equipo. Y ella, aunque no sea consciente, es quien nos lidera. Cuando la pandemia no hacía más que empezar, nos quedamos sin el Responsable de Marketing. Ahora, que volvemos a despegar, los pasillos susurran que ella es la candidata para el puesto. Y yo no puedo estar más contento, porque si alguien se lo merece, es ella.

La llaman desde el despacho de Dirección, y allí va, firme, dispuesta a todo, con la seguridad de haber dado todo por esta empresa desde hace 13 años.

Desde mi puesto puedo ver su silueta a través de las cortinas, sentada frente al director. Ya sale. Trae los ojos vidriosos. Pero las lágrimas no parecen de alegría.

- ¿Qué pasa, Paula?

- Saben que quiero ser madre, y no se quieren arriesgar, así que no me han dado otra opción que recomendarte a ti para ser el nuevo responsable de marketing. Yo espero tener otra responsabilidad pronto.

***MARCOS DESPIERTA. Iván Mascuñán Pastor***

Me levanto con la voz de mi padre. "Marcos despierta, son ya las siete" escucho. Ando a trompicones hacia al baño, pues aún recuerdo la pesadilla que he tenido. Me cepillo los dientes frente al espejo. Voy a la cocina. Abro la nevera. Cojo el brik de leche. Me sirvo leche en una taza y añado café soluble, el café me ayuda a sentirme persona. Pero yo no llego a conectar conmigo misma. Me tengo que poner el uniforme. El polo verde y los pantalones oscuros. Ya estoy vestida. Me peino de la mejor manera posible frente al espejo. Me está empezando a crecer el pelo, pero yo no me reconozco.



### ***EL OTRO MUNDO. Zenón Nicolás Bolino***

—Había una vez dos mundos que estaban separados por un inmenso telón. De un lado vivían las manos, que asomaban como florecillas sobre la hierba. Del otro, sus dueños.

»En el primero, las manitas trabajaban y se ayudaban despreocupadas. No importaba si diestras o de color, con pelo o de uñas largas, eran todas manos. Capaces de saludar, bailar y hacer mímicas cada una por su lado, pero también al unísono.

»En el otro mundo, hombres y mujeres impedidos de usar las manos se disputaban sus derechos. Entre lo que creían ser, lo que sentían les correspondía y lo que estaban dispuestos a conceder, la paz no llegaba nunca...

»Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

»A ver niños ¿En cuál de los dos mundos os apetecería vivir?  
—preguntó la maestra a la veintena de caritas que la escuchaban absortas.

»¡De a uno! —intentó poner orden ante el griterío.

Así fueron pasando preferencias, dudas e ilusiones. Sin embargo, la más pequeñita permanecía meditabunda.

—¿Y tú cariño? Anda, ¿en cuál te encontrarías más a gusto? ¿En el que son todos iguales o en el de los distintos?—la animó la seño.

—En el otro —balbució la niña.

—¿Cómo que en el otro? ¡Si solo hay dos!

—El de las manos..., el telón también cuenta. Si miramos bien, notaremos los corazones latiendo pegados a él... Manos y corazones, distintos pero iguales, pueden hacer y amar cada uno al modo de sus dueños. En ese mundo.

**CUENTO. Anna Oliveras Pare**

Ya le habían dicho que no sería fácil, pero ella lo había intentado hasta que se encontró en ese bosque y algo en ella latía con fuerza, seguramente el corazón alegre de tener la oportunidad, al fin, de cambiar lo que llevaba tanto tiempo pidiendo. Así que, para no ofender a nadie, siguió vistiendo de riguroso rojo. Pero cuando ese animal se detuvo ante ella, lo tuvo claro. Solo tomaré el camino que me indicas si tú vienes conmigo. A eso se refería ella cuando le había contado al editor que solo quería entrar dentro del cuento para poder cambiar un pequeño desvío en la ruta. Y el lobo aceptó sin rechistar. Al fin y al cabo, las cosas habían cambiado, y le entusiasmaba la idea de dejar de ser el malo de los cuentos, así que puso todo su empeño en convertirse a lo vegano y tal vez por eso cuando ambos llegaron a casa la abuela, la cesta estaba prácticamente vacía. Solo el cazador se quejó, porque dijo que no tenía protagonismo en la nueva historia. Pero el lobo le dejó probar la última zanahoria de la cesta y él decidió cultivar una huerta que tuvo tanto éxito que incluso recibió la visita de Bugs Bunny. Solo por eso, valió la pena el cambio en el cuento. Además, esa ruta se hizo célebre y siempre hubo visitas literarias. Al final, el cazador se convirtió en hortelano. Y el lobo y la Caperucita, en los precursores del cambio.



***NUESTRA VID. Vladimir Pérez Bermúdez***

La juzgaban por odiar el color rosa, yo no soportaba el azul de mi cuarto pero eso parecía no importarle a nadie. Los Reyes Magos nunca le cumplieron el deseo de tener su propio carrito. Su manía de desarmar mi colección debajo de la cama con la curiosidad de los gatos fue suficiente para que la llevaran durante meses al psicólogo. En sus quince, no hubo fuerza humana que le hiciera entrar en el vestido de princesa, justo ese día se cortó las trenzas. Lo hizo por solidaridad, yo vivía mi tercera quimio, pero fue por años comidilla del pueblo. Un día se enamoró. Le era cuestión de honor no vivirlo en las sombras, a sabiendas que muchos le negarían hasta la palabra. Los sinsabores no le impidieron graduarse con honores en Ingeniería Mecánica y alcanzar premios relevantes como innovadora. Ya amanece, una mano me incorpora, la misma que extiende a papá la taza de leche tibia. Leo en voz alta las noticias del día. El Ayuntamiento ha convocado a un concurso de microrrelatos para galardonar al centro de ayuda comunitaria que en defensa de los derechos de la mujer fundara poco antes del accidente. Mi padre deja escapar un murmullo quebrando su mudez octogenaria, al tiempo que una caricia intenta contener la lágrima gruesa que surca sus arrugas. Sonríe con complicidad al amor incomprendido y comienzo a escribir mi propio homenaje: ... Mi hermana Violeta llegó al mundo como uva tinta en un hogar chapado a la antigua...

***AVENTURAS EXTRAORDINARIAS DE UNA NIÑA NORMAL.***  
***Manuel Pablo Pindado Puerta***

-Silencio, por favor –aulló el presentador.

Los estruendosos aplausos decayeron y el estadio olímpico fue acallándose y quedando en penumbra. En el escenario, un único foco iluminaba a la escritora.

-Muchas gracias por acompañarnos hoy. El reconocimiento es ya unánime: mejor autora de fantasía de la historia, reina de la ciencia-ficción, emperatriz de la imaginación, persona más influyente...

Nadie había llegado nunca a tanto.

Cientos de cámaras, conectadas a mil millones de hogares. Un acontecimiento global, irrepetible.

-Y ahora va a regalar su nueva novela, ¡gratis para todos! ¡Gratis!

¿Puede por fin desvelar al mundo de qué trata?

De fondo, un zumbido de expectación, casi eléctrico.

-¿Dragones quizás? ¿Más niños magos?

Por fin, ella habló:

-Es mi novela más fantástica.

El zumbido subió de tensión.

-Mi novela más imaginativa, la más innovadora.

Suspiros anhelantes, miles de ellos.

-Una niña, que es igual en todo a un niño. ¡Imagínenselo! Hace lo mismo, consigue lo mismo, pierde lo mismo.

Susurros. Cabezas girando unas hacia otras, extrañadas, dubitativas. Ella tomó la decisión años atrás, pero sólo ahora, desde su posición privilegiada, puede tener el efecto necesario.

-Esa niña, ya mujer, sigue siendo igual a los hombres. ¿Pueden creerlo? Hace lo mismo, consigue lo mismo, pierde lo mismo.

Voces entrecortadas. Preguntas lanzadas al aire, exclamaciones incrédulas. Algún impropio. Se lo debía a su madre, a su abuela, a sus hijas, a tantas... Se puso en pie y miró al mundo, esperanzada.

-Léanla. Es mi mejor obra.

### ***EL PRADO DE LA VIDA. Laura Rodríguez Manso***

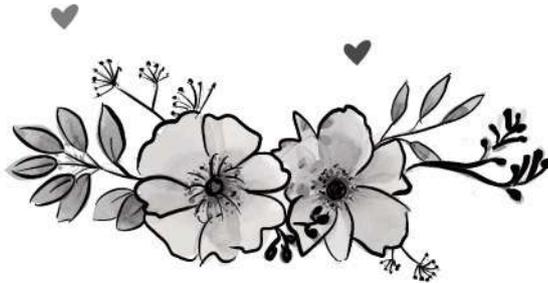
Había una vez, una linda florecilla silvestre a la que le encantaba mecerse con la caricia de la brisa veraniega y bañarse bajo la lluvia torrencial las noches de tormenta. Siempre estaba acompañada de sus amigos los hierbajos, que disfrutaban mucho lanzándose gotitas de rocío mañanero.

A la linda florecilla, su familia le insistía en que no debía exhibirse de aquella manera tan impúdica; sin embargo, ¡los hierbajos podían hacerlo sin recibir ninguna reprimenda! “Las lindas florecillas”, le decían, “deben estar bien agachaditas y encorvadas, escondidas de la vista y dejando espacio para que los hierbajos puedan lucir su verdor”.

Con gran personalidad, nuestra amiga siguió comportándose como le venía en gana.

Sus hermanas pronto la siguieron e imitaron su actitud rebelde contra las normas establecidas. En un breve lapso de tiempo, el prado donde vivían se transformó: entre el antes monótono herbazal, pasaron a vislumbrarse pequeñas motitas blancas y amarillas que se fueron convirtiendo, progresivamente, en manchurroneos cada vez más compactos.

No lo invadieron todo con su presencia, como temían algunos hierbajos más conservadores, no; no era esa su intención. Solo ocuparon el lugar que les correspondía... en el prado de la vida.



### ***¿Y POR QUÉ NO MARTINA? Coloma Candelaria Rodríguez Ruiz***

Martina tiene diez años. Es una niña intrépida, alegre y soñadora.

Su mayor sueño es ser mecánica.

No hay nada más relajante para ella que desarmar sus coches de juguete y volver a dar forma a esa montaña de piezas minúsculas, que ponen a prueba su pulso y concentración. Puede pasarse horas así. Sin que nada ni nadie consiga sacarla de ese estado en el que se sumerge cuando se dedica a su afición favorita, los coches.

En un rincón de su habitación guarda su más preciado tesoro, un baúl con todos los coches que puedas imaginar. Los hay grandes, pequeños, modernos, antiguos, de todos los colores; pero sobre todo, azules, como el color de sus ojos. También guarda su caja de herramientas. Aquella que su abuelo le regaló en su quinto cumpleaños junto con un manual de mecánica para principiantes. Nunca olvidará ese día, pues para Martina supuso el comienzo de la materialización de su gran anhelo.

Cuando su primo Pablo le dice que la mecánica no es trabajo para niñas, Martina, con decisión y certeza, le contesta que a los coches no les importa quién los arregle, y que a sus dueños tampoco. Sólo necesitan que alguien los repare. Y que si ella tiene dos manos, mucha paciencia y grandes habilidades, no entiende por qué no puede ser ése su trabajo sólo porque sea una niña. Eso sería como decirle al algodón de azúcar que no puede ser rosa porque es algodón y no “algodona”. Una soberana idiotez.

### ***PASTORETA. Alberto Rufas Bafaluy***

En mi pueblo había una pastora. La palabra hasta suena mal. Los vecinos la llamaban *pastoreta*. ¿Micromachismo? Desde luego nunca he oído de ningún *pastorete*. Sea como fuere, a ella no le disgustaba, o al menos no lo manifestaba. Tampoco es que hablase mucho, pero esta sí es una característica común en el gremio.

Menuda, vistiendo ropa holgada, calada con un sombrero de paja hecho por ella misma, poseía ese aire zumbón y filosófico que dicen caracterizaba a Sócrates. Se lo hice notar en una ocasión: «¿Tenía

buen rebaño?»), me interrogó. Le dije que el mejor posible y ella asintió crípticamente.

—¿No te arrepientes? —pregunté mientras observaba las ovejas.

—¿De esto? —Hizo un amplio gesto con la mano que abarcaba el campo en el que estábamos—. En absoluto.

Pensé en las decisiones que había tenido que tomar, en cuántas cosas se había perdido. Renunciar a lo que el amplio mundo ofrece para resguardarse allí, en un pequeño pueblo en el que cada día era exactamente igual que el anterior, es algo que un licenciado como yo no podía entender.

El sol agonizaba en el horizonte, detenido en un momento estático de inmensa belleza. Callamos para apreciar como merecía el espectáculo. Me di cuenta que llevaba mucho lejos de aquellos montes, tal vez demasiado. Por desgracia mi móvil entró en escena.

—Es papá. Dice que volvamos: es tarde y ya está la cena.

### ***UNICORNIOS AZULES. María Elena Sánchez Alonso***

Subo la persiana mientras canturreo palabras de amor e intento despertar a Javier con miles de besos. Cada mañana protesta y ruega dormir más. Se viste con ayuda y desayuna. Se lava la cara como gato y se cepilla los dientes casi sin tocarlos. Camino del colegio a veces vamos en silencio, otras jugando y algunas sin parar de hablar. Hoy estrenamos caja de mascarillas; está encantado porque son de unicornios turquesa, rosa palo y azul cian. Ha elegido la azul. Bajo arcoíris, nubes fucsias y unicornios felices intuyo una sonrisa cuando nos despedimos.

De regreso a casa me cuenta que en el recreo le han dicho que esa mascarilla era de niña. —No hay ninguna cosa propia de niños o de niñas—les ha contestado con serenidad y convencimiento. Luego ha seguido explicándome que le han puesto una cruz porque sigue escribiendo el seis, el siete y la jota del revés. —A mí me gusta mamá, parece que bailan— dice mientras simula que sus brazos hacen acrobacias. Acaricio su cabeza y le sonrío con los ojos. Ya tendrá tiempo de recordar cómo escribir derecho. Tendrá que hacerlo. Por ahora me siento orgullosa porque las cosas importantes. las escribe bailando y de color cian.

***ASTROS. Natalio Sued***

—Desdichada de ti, que jamás podrás brillar con luz propia —se jactó el sol.

—No más desdichada que tú, que ni por un segundo dejarás de ser el centro de todas las cosas —le contestó la luna.

La Tierra observaba la arcaica disputa indiferente, aunque por dentro le daba la razón a ella.

***MINUCIAS. Juan Manuel Velasco Centelles***

Contenida, esa sería la palabra que envolvería con mayor precisión a la treintañera larga recién ingresada en mi despacho. Soy de la opinión de que a cada una nos asiste una palabra exclusiva que nos describe solvente.

Apenas maquillaje, holgada de vestimenta, neutros los tonos, bajo el tacón, exenta de anillos; tan solo la debilidad ornamental de unos pendientes áureos evidencia su femineidad.

—El currículum es abrumador —distiendo después del ejercicio diplomático del saludo.

Ella replica que espera que no sea un factor de contrapeso negativo. Yo le ratifico que no, que esta empresa valora el talento por encima de prejuicios...

—... Si estás aquí es porque he analizado y valorado tus méritos, no para trasladarte su exceso —la interlocutora promueve mi serenidad.

Capitaneó los RRHH de una organización de dos mil trabajadores y he desarrollado un escáner en cada uno de mis sentidos. Me sucede como a San Agustín, si no me lo preguntas, lo sé; si lo preguntas, no sé explicártelo. Podríamos llamarlo instinto.

No la interrogo, conversamos. Sin que ella lo sepa, he decidido adjudicarle el puesto. Bacteriología necesita dos bioquímicos moleculares, no importa el género, y una va a ser ella.

Se produce natural. Sin enfatizarse, sin arrogarse constancia, capacidad de trabajo o plena disponibilidad.

Cuando tras diez minutos de intercambio le comunico que el puesto es suyo y le solicito el DNI, ella demuda el rictus y zozobra de sílabas.

—No temas, sé que figura Carlos, todavía; pero aquí no tenemos en cuenta esas minucias.

### ***LA MAGA. José Manuel Villalgordo Saura***

Cuando la Maga reparó en que ella era la única mujer de aquel bar, supe inmediatamente que saltaría sobre aquel escenario para que todo el mundo se enterase.

Recuerdo el día que la conocí. Fue en el Bar Pirata, en Perugia. Vestía una camiseta enorme, deportivas, y el pelo recogido en una coleta. Había venido desde Mar del Plata, en Argentina, para obtener la nacionalidad, como tantos argentinos de raíces italianas.

Ese mismo día, la Maga subió a aquel escenario, y el bar entero se rindió a sus pies. Los chicos del clan de Fortebraccio jaleaban su nombre. Las palabras le brotaban del pecho como lava. “¿Dónde está la voz de las mujeres?” le gritaba al micro. Ojos cerrados, casi en trance. Rima sincopada. Una base grave, pegajosa y punzante, envolvía cada uno de sus versos. La Torre de Babel; juraría que nadie allí hablaba castellano, pero aún así todo el mundo la entendía.

Y al acabar, bajó del escenario envuelta en sudor, exultante, entre el clamor del público. Y con la camiseta de los Fortebraccio como trofeo, recibida de la mano de su líder. Magia.

Estaba sola en aquel bar, pero su voz era una polifonía cantando al unísono. Era todas las mujeres que no estaban allí ese día. Fue Marta, Rosalía, y Belén. Ana, María y Elena. Fue ella misma, Magalí Sierra Neri, la Maga, como nunca antes lo había sido. La única chica del Bar Pirata.

La chica única.

### ***NUESTRA MATRIZ. Isadora Willson Gazmuri***

Mi madre nos tradujo el mundo a mí y a mi hermana como un lugar donde la realidad no es sólo lo que se ve. Era una mujer fuerte y soñadora, quería vivir como pensaba, como sentía. Sus ideales explicaban nuestro universo.

De pequeña me la imaginaba como un gran árbol de profundas raíces que conectaban toda la tierra, sus ramas eran brazos donde se cobijaban animales y seres mágicos; su follaje, un gran manto lleno de vida y colores diversos.

Mi padre se enamoró de ella en la universidad, fue su profesora de literatura hispánica, aunque su lengua materna era el mapudungun, ya que había nacido en Chile en una comunidad huilliche. A los 18 años quiso migrar a España convocada por las voces de Las Sinsombrero, por las que sentía una profunda admiración.

Heredó de su abuela, que era la curandera del pueblo, conocimientos de la medicina ancestral. Al llegar aquí la utilizó para aliviar a las personas de sus males físicos, psíquicos y emocionales. Sus rasgos y su acento cantadito la delataban y aunque no fue fácil, logró hacerse un espacio gracias a sus saberes terapéuticos e intelectuales. Cuando acabó su doctorado consiguió una plaza de profesora, adoraba la docencia.

Nosotras, entusiastas oyentes de sus cuentos y leyendas, esperábamos cada noche sus historias. En ellas tejía lugares y personajes sorprendentes, que hilvanaba con canciones e imágenes que nos inducían a soñar entre mundos, donde la realidad y la fantasía eran parte de una misma cosa.

### ***EL ORDEN DE LOS SUMANDOS NO ALTERA EL RESULTADO. María Esther Zárate Moya***

Se olvidó de sumar. Durante años, y cada vez que se despedían hasta la hora de comer, ella en bata, él abrochando su chaqueta, le arrancaba un pedazo. Un beso en la mejilla que rubricaba las condiciones de aquel acuerdo unilateral. Rendición y entrega de todas las armas vestida de blanco. Ella no necesitaba trabajar, ella cuidaría de la casa, ella sería feliz así, como lo habían sido y seguirían siendo las mujeres de la familia. Y dijo sí, quiero.

Se dejó querer y sin querer dejarse se convirtió en el residuo de lo que fue. Después de restar, él comenzaba a dividir, con caricias y palabras de posesión que prometían futuro, acercándola al cociente cero. Con el nuevo día bajaba la siguiente cifra y continuaba

dividiendo. Todo lo que soñó en femenino quedó sepultado por una coma seguida de ceros.

Entonces, multiplicó los residuos para aislarla y encontrar el común denominador que solo le pertenecía a él.

Ayer, cuando escuchó la palabra conmutativa no necesitó buscar su significado. Ella, que siempre fue de letras, con la v de valentía escribió volar. No necesitó hache para sus alas. Tampoco para el adiós.



## **RELATOS CORTOS**

### ***SALOMÉ. Elena Olivella García (Primer Premio)***

Las cenizas de John, el muerto, tenían un color acerado. Salomé las recogió por obligación entre otras tantas obligaciones que tenía escritas en la hoja de cosas por hacer del dieciséis de mayo.

John, el hombre que le vendió su amor a un precio de saldo era un gran vendedor de amores falsos y fue Salomé una compradora compulsiva de amores en rebajas. John le cambió la vida e hizo que ésta diera un giro hacia la oscuridad. Le hizo olvidar qué era sonreír, decoró su existencia de color gris plomo con algún que otro estampado de tono rojizo y morado y ahogó al amor cuando éste todavía se estaba engendrando.

Ahora John estaba muerto. Salomé dudaba, incluso, de que esas cenizas pertenecieran a su marido. Las miraba una y otra vez con recelo. Era difícil imaginar que tanta maldad se pudiera destruir de un modo tan sencillo llevándose el dolor de tantos años. John había muerto, sí, pero seguía todavía instalado en el cerebro de Salomé como si la muerte física no bastara para borrarle de su mapa personal. Se encontraba en un *stand by* entre los *recuerdos-tormento* y unos embriones de ilusión que no se sabía si llegarían a nacer. Salomé razonaba lo justo para no abandonar, de momento, el bando de los cuerdos. No sabía tomar decisiones. John se lo había dado todo bien mascado mezclado con su mala baba. La libertad le quedaba grande. Esa libertad tan repentina no era de su talla. Hacía años que no formaba parte de su día a día y no sabía cómo gestionarla.

Salomé se miró al espejo y aquella mujer que vio reflejada le pareció una extraña. Sintió incluso cierto desprecio hacia ella. En un impulso, cogió sus vestidos y los acortó con unas tijeras. Se puso uno de color amarillo y sintió un escalofrío al ver que el largo del vestido mostraba sus piernas. Se lo quitó con rapidez asustada por si John la veía con esa falda tan corta. Y al momento recordó que John había muerto. Se maquilló el rostro y el miedo volvió a tocarle el hombro. Se lavó la cara por si John la sorprendía con esos labios color carmín. Pero John estaba muerto. Se calzó unos zapatos de tacón alto de cuando era joven y que apenas había podido usar. Un ruido le hizo quitárselos con premura y guardarlos en el armario. “Qué dirá John si me ve con estos zapatos. Me llamará furcia” dijo en voz alta. Y le vino a la cabeza que John estaba muerto.

El destino de la urna era incierto. John no tenía parientes cercanos. Salomé despojada ya de cualquier atisbo de afecto barajó la posibilidad de echar las cenizas al váter o tirarlas a la basura. Si hubiera un contenedor para sinvergüenzas allí irían a parar.

Las cosas que eran John, sus camisas, el bate con el que más de una vez le magulló el cuerpo, su cartera, sus cintas de música, permanecían apiladas en cajas y en bolsas de basura negras.

Salomé, después de beberse casi una botella entera de coñac, cogió el viejo radiocasete de John y como si fuera a poner una cinta, echó las cenizas dentro. Encendió el aparato y empezó a oír la voz de John, su risa, sus jadeos, sus gritos, sus palabras hirientes e incluso percibió su desagradable presencia. Apagó el radiocasete pero la voz de John sonaba aún más fuerte. Lo tiró al suelo y la voz seguía viva. Salió corriendo del salón tapándose los oídos. Se sentía débil y se

arrastró como pudo a la habitación. Le costaba respirar. Se dejó caer sobre su cama que olía a podrido, olía a John. Intentó levantarse pero el cuerpo le pesaba como si su esqueleto fuera de hierro. Una intensa apatía la retenía y la agarraba con una fuerza inmaterial y definitiva. Salomé se hundía en las aguas pantanosas de sus recuerdos. De nada servían sus gritos mudos. Su propia historia le estaba quitando el aire y la esperanza no pasaba por allí. Alzó sus brazos esperando que alguien la cogiera fuerte para liberarla de esa ratonera. Sintió, entonces, que unas manos se aferraban a sus antebrazos y tiraban con fuerza de ellos. Una voz cálida, que reconoció como la suya propia, repetía su nombre. Pero esas garras que la mantenían presa en aquella trampa hecha de vivencias corrosivas no la dejaban levantarse y la mantenían bajo esa agua turbia hecha de palabras malsonantes y vejatorias a las que sus oídos se habían acostumbrado. Esa voz del exterior no cesaba de repetir su nombre. Salomé pudo ver el rostro de esa mujer. Era ella con veinte años, cuando los sueños todavía no se habían ennegrecido, que la miraba fijamente y le alentaba para que no se rindiera. En un último esfuerzo, Salomé se irguió, cayó de la cama y quedó tendida en el suelo. El latido de su corazón le decía que la vida aún no la había abandonado y que, poco a poco, se posicionaba de nuevo en su cuerpo. Se puso de pie. Abrió el balcón y respiró profundamente para que el aire le llegara hasta el último recodo de su alma. Cogió una maleta la llenó con cuatro cosas y salió de allí. Tras esa puerta dejaba una parte de su vida que yacía muerta en cada uno de los rincones de esa casa y se llevaba con ella la otra parte con la que comenzar de nuevo. Había vencido al monstruo. El camino que tenía por delante estaba hecho de baldosas de esperanza. Tenía, por fin, la llave para abrir esa cerradura que le impedía pasar al otro lado. Esos sueños adormecidos empezaban a abrir los ojos de nuevo y se metamorfoseaban en realidades llenas de luz. Sus labios volvían a sonreír y la libertad la cogía por el brazo para no abandonarla nunca más.

**LA ABUELA AMELIA.** *Cecilia Hernández Sanz (Segundo Premio)*

Que nuestra abuela paterna era una bruja era una certeza que tanto mis primos como yo aprendimos desde bien chicos. Una de esas circunstancias familiares que se aceptan y pasan a formar parte del ambiente, sin más dramas de los necesarios. La abuela Amelia era una bruja.

Pero no una bruja como las oscuras mujeres, despeluzadas y maléficas, de los cuentos. No, mi abuela no comprobaba el tamaño de nuestras piernas para después cocernos en su caldero, ni leía hechizos en libros forrados con piel de carnero. Ella era todo lo contrario. La abuela Amelia, en realidad, era alta, delgada, rubia y guapísima. Una señora elegante y distinguida que conservaba una piel perfecta, unos enormes ojos azules y un porte digno de una reina. Y ella lo sabía. Lo había sabido siempre.

Pero nunca le bastó. O eso creíamos.

Mi abuela marcaba el ritmo de la familia con un casi imperceptible carraspeo. O con una subida de ceja. O con un suspiro. Sus hijos, todos varones, mantenían desde siempre una cruenta lucha para conseguir la atención —que no ya el amor— de una madre distante, pero censora y cruel cuando lo consideraba perentorio. Sus nueras sufrieron desde el inicio la condescendencia disfrazada de fría amabilidad que les dispensaba esa mujer a la que nunca conseguirían siquiera emular. Los nietos, al principio, vivimos ajenos gracias al cariño desmedido del abuelo Paco, que nos consentía y nos protegía, pero que nos dejó muy pronto, abandonándonos a la deriva en el mar de hielo que era la vida con la abuela.

Yo empecé pronto a ser víctima predilecta. Única nieta mujer, aunque no me parecía en nada a ella —cosa que no dejaba de recordarme— tenía sobre mis hombros, sin saberlo, la responsabilidad de mantener el honor de la familia. Y cuando digo sobre mis hombros, lo digo de forma literal, porque la principal preocupación de mi abuela era mi pelo.

Cada domingo durante la comida familiar era inspeccionada, en la distancia, y mi abuela calculaba si ya era necesario cortar mi melena o aún aguantaba un tiempo dentro de los límites de la decencia. Porque el pelo largo era de mujerzuelas, por supuesto. Eso sí, si algún verano se me ocurría probar un estilo más fresco y cómodo, sabía que hasta que el pelo lograra la longitud deseada, iba a soportar miradas horrorizadas y comentarios sobre mi aspecto de “chicazo”.

Esta era, en resumen, mi relación con la abuela Amelia. Sin afectos, sin verdadera implicación ni ella en mi vida ni yo en la suya. Por fortuna, fui buena estudiante, así que escapaba de las regañinas que de vez en cuando soportaban mis primos y, envuelta en mis ensoñaciones, no reparaba más de lo estrictamente necesario en aquella mujer, madre de mi padre, a la que nunca creí capaz de tener sentimientos, o de poseer una historia propia que justificara, de algún modo, su frialdad y enfado con el mundo.

Porque eso era lo que sentía la abuela Amelia: enfado. Y lo descubrí ya de mayor, cuando a los 20 años, con un corte de pelo que la horrorizaba, anuncié un domingo durante el almuerzo que me habían concedido una beca Erasmus y que el siguiente curso lo pasaría en Colonia, Alemania. Tanto mis padres como yo suponíamos que la abuela no vería con buenos ojos que su única nieta desapareciera de su implacable radar durante tantos meses, pero, como es lógico, lo que opinara o no carecía de importancia en la cuestión.

Eso sí, ninguno esperábamos que la reacción de la abuela fuera la que fue. Cuando escuchó la noticia, tras unos segundos de vacilación, dejó con delicadeza los cubiertos en el plato y se levantó, musitando una disculpa. Nos dejó a toda la familia, por primera vez, sentados en la mesa sin su presencia. Nadie sabía qué hacer. ¿Levantarnos por si encontraba mal? ¿Acudir en su búsqueda para mostrar una preocupación que dejábamos mucho de sentir? ¿Quién de todos daba el paso?

Por supuesto, me tocó a mí. Mi padre me ordenó que fuera a ver si la abuela necesitaba algo. Yo protesté, pero no hubo forma de librarme. Así que allá me vi, internándome en el santasanctorum de la abuela, en su habitación, donde creo que nunca había puesto un pie, al menos de forma consciente. Llamé quedamente a la puerta, y como no recibí respuesta, me animé a entrar. La abuela estaba sentada en la cama, vencida sobre sus piernas, y aferraba un pañuelo entre sus manos. Al oír mi voz se incorporó, me miró, y vi entonces que estaba llorando.

La abuela Amelia llorando. Ni siquiera en el entierro del abuelo Paco. Nunca, jamás, había dejado que las emociones la doblegaran. Lo consideraba una debilidad, algo propio de personas incultas y maleducadas. Y ahora me miraba con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

- “¿Abuela?”, acerté a decir.

Se levantó, con algo de esfuerzo, para volver a sentarse frente a su escritorio. Con un gesto me indicó que me acercara y que me sentara

en la cama, cerca de ella. Tras revolver un instante en los cajones de su mesa, sacó una vieja fotografía y me la tendió.

- “Esa soy yo, a los 18 años”, me dijo. “Con toda la vida por delante”.

Sin entender nada, miré la imagen. La abuela, en verdad, había sido una belleza. No cabía discusión posible. En la foto posaba, alegre y sonriente como nunca la había visto, con un par de amigas. Transmitía felicidad.

- “Mis dos amigas se marcharon poco después a Alemania, a trabajar. Yo quise irme con ellas, me escribían, me habían buscado una colocación... Pero mi padre no me dejó. Yo no era como ellas, me decía, no tenía por qué emigrar. Tu abuelo llevaba con intenciones de pedir mi mano desde hacía tiempo, y estando casada con él, ¿qué necesidad tenía de irme? Era un buen partido, tenía estudios, su familia era importante... Tienes la mejor de las suertes, hija, de que ese muchacho te quiera... Y yo... ¿sabes una cosa? Yo no veía la suerte por ningún lado. Yo lo que tenía eran 18 años y ganas de vivir, no de casarme...”

La abuela hablaba sin mirarme, dirigiéndose a la muchacha sonriente y esplendorosa de la fotografía. “Quería vivir...”, repitió. Y, entendiendo de golpe tantas cosas, tragué saliva y agarré su mano. No me atreví a ir más allá, porque sentía que estaba vulnerando la intimidad más esencial de la abuela, aquel recóndito lugar al que nunca nadie había accedido. Ella me devolvió el gesto y ahora sí mirándome, suspiró, y con una sonrisa débil me dijo: “tienes que arreglarte ese pelo antes de ir a Alemania, me lo tienes que prometer”.



**MIS DESVARÍOS. Nuria García González (Tercer Premio)**

Me llamo Luisa Millán.

Verá, doctora, la cojera que arrastro es lo de menos. Ya se me está curando el esguince y la frente ha cicatrizado bastante bien. Lo gordo no fue el accidente que sufrí en el almacén manipulando el toro de carga. Lo extravagante, lo que vengo justo a contarle hoy, sobrevino después y me ha trastornado por completo. Antes del accidente sentía hastío, la vida me pesaba como quien lleva un losa a cuestras. Tan desesperada estaba que había echado cuatro apuestas el sábado anterior, 4 *eurillos* de nada... y resulta que acerté. Iba de camino al ambulatorio a que me vendaran el tobillo y pasé por la casa de apuestas. Ahí me enteré de la buena nueva. Casualidades de la vida. Por supuesto, no le dije nada a Paco sobre el pellizco y, a la chita callando, aproveché la baja laboral que me dio el médico para acercarme, casi a la pata coja, a esa clínica de estética que anuncian tanto ahora en la radio. Salí de allí con una enorme gasa pegada a la nariz para tomar el autobús de línea de regreso al pueblo. “Rinoplastia”, dijo el doctor que se llamaba la operación. Me la moldearon de forma que la nueva protuberancia encajaba perfectamente en mi cara, como si siempre hubiera estado ahí. Fuera complejos, pensé, adiós a esa narizota a la que todos llaman “la porreta de la abuela”. Menuda guasa gastan mi marido y mis hermanos con la herencia de la abuela. Cuando me vieron venir de esa guisa se formó un buen revuelo en el pueblo, doctora. Mi Paco se quejó de que eso eran majaderías de las famosas y mi amiga Telma, la de la ferretería, criticó esas operaciones estéticas que iban *contra natura* y merecían castigo divino.

Divina me quedé yo. Y esa fue solo la primera de mis chifladuras encadenadas. Al poco me fui a la ferretería para agenciarme una pizarra Vileda. La fijé con unos clavos en la pared de la cocina, que se viera bien, con dos columnas: PACO y LUISA. Mi marido, doctora, se quedó de piedra porque ahí diseñé una partición salomónica de todas las labores domésticas: 50% para cada uno. En cuanto expliqué el listado de sus labores a Paco, marcando con un rotulador rojo las más urgentes, le dejé con la boca abierta como un besugo.

De ahí fui al centro deportivo del pueblo para inscribirme a clases de pádel. “¿Pádel los domingos?” “¿Tú?” Mi pobre Paco reaccionó ante la noticia como si yo estuviera bajo el

efecto de una potente droga, pero aún más enconada fue la reacción de mi señora madre al saber que los domingos iba a dedicarlos a hacer deporte: “Has perdido un tornillo con eso de la raqueta, ¿qué ocurrencia es esa?, ¿y ahora quién vendrá conmigo los domingos a misa?”

Recordé a mi madre que tiene tres hijos varones que pueden acompañarla a la iglesia de vez en cuando, a lo que ella me retrucó, con voz quebrada por la rabia, que mis hermanos tenían familia y yo no tenía hijos a quien atender. El sainete de siempre.

Colgué rápido el teléfono porque había quedado con un desconocido para comprarle una moto de segunda mano bien apañada. Sí, doctora, de buenas a primeras se me antojó ir motorizada por la vida y ahorrarme el pesado autobús de línea que da tanto rodeo por estos pueblos de Dios. En cuanto Paco me vio llegar con la moto y el casco, se armó una buena en casa: “Luisa, tú eres un peligro. ¿De dónde demonios has sacado el dinero?”.

No he terminado aún con mis desvaríos, doctora. Cuando me incorporé a trabajar de nuevo en el almacén después del accidente, dejé de ser la “chica-para-todo-que-es-una-máquina-trabajando”, como dice el jefe con cachaza. Ahora ficho a mi hora y cumplo mi horario tal y como está recogido en mi contrato. Nada de horas extra. Sin demorarme, ficho, arranco la moto y me voy como un cohete dejando anonadados a los compañeros y, de paso, a mi propio jefe, que no es capaz digerir el cambio que se ha obrado en mí.

A Rosy, la que pregona ser mi mejor amiga, la que reclama mi ayuda para que cuide de su prole cuando quiere tiempo para ella, le tocó la peor parte. Lo reconozco. Rosy me había convocado ayer mismo para cuidar de sus hijos y así aprovechar para depilarse y hacerse un traje a medida para las fiestas. Y yo, como ando medio perturbada, le contesté que nada de mocosos, que me iba yo solita a echar la tarde a Villamantilla de la Sierra.

Se quedó indignada porque me fui a toda prisa con mi moto. Aparqué en la plaza del pueblo y ahí, justo en la esquina, estaba la agencia de viajes recién inaugurada. Entré con un ímpetu desconocido en mí y me planté en el mostrador. “Quiero un viaje a Malibú”. La jovencísima empleada me miró como si me hubiera escapado de un manicomio (debía de estar muy despeinada por el casco). Se lo tomó más bien a broma: “Malibú está muy lejos, señora, ¿no se habrá confundido con otra playa de España?”

No sé por qué me dio esa fijación, si yo ni siquiera sé si es un estado, una región, una ciudad o una isla. Siempre me ha gustado la palabra Ma-li-bú. Estoy totalmente cegada con ese nombre. “Tengo viajes a Mallorca que salen bien de precio en temporada alta...” me explicó la joven sacando un atractivo folleto. Y yo, empeñada: “He venido solo por lo de Malibú. Me voy el 1 de agosto y lo voy a pagar a tocateja”.

Ella parecía visiblemente apurada. Apuesto a que tampoco sabía muy bien dónde caía ese destino, así que se tomó su tiempo tecleando delante del ordenador. “Vuelo 757 de American Airlines con escala en Atlanta y destino Los Ángeles. 1.075 euros”, entonó por fin. Para mí fue como oír música celestial. “Los Ángeles, la ciudad del cine”, pensé yo, encantada de la vida.

La chica de la agencia prosiguió: “Luego tendrá que desplazarse hasta Malibú por su propia cuenta...entonces, ¿le reservo dos plazas en este vuelo? Yo contesté muy desenvuelta: “Una plaza solo, señorita. Viajo sola”.

Y siento que ya no hay marcha atrás. ¿Es grave todo esto, doctora?



### ***LA ESPADA DE ELLA. Sara Barbazán Domínguez***

La niña contempla, fascinada, como el artesano manipula el bronce a su antojo, introduciéndolo con precisión en el molde de cerámica. Su pulso no tiembla y la niña sabe que, dentro de poco, donde antes no había nada, pronto aparecerá una preciosa espada, firme como una piedra y puntiaguda como un hueso bien afilado. Le parece pura magia, pero sabe bien que no lo es. La magia es cosa de brujas y de chamanes, y el metalúrgico no es nada de eso. El metalúrgico es mucho más importante.

—Algún día quizás tú empuñes una. — le dice el hombre con un guiño en la mirada. La niña sonríe, sabe que solo es una broma, pero ella sueña a menudo con ese futuro. Su madre le había contado que su abuelo había tenido una, hacía mucho tiempo, cuando la aldea no estaba dominada por las tribus que en ese momento controlaban los montes y las minas a golpe de piedra y terror. Su padre también había tenido una, pero había muerto y su espada había pasado a ser un dibujo grabado en uno de los paneles de piedra que rodeaban la aldea, en uno de los que miraban al mar, para que el dios sol pudiera saludarlo cada vez que salía por el horizonte.

La niña iba a visitarlo casi todos los días, se tumbaba junto a su dibujo y le contaba como marchaban las cosas. Que su hermano crecía sano y que su madre todavía cuidaba de su memoria, a pesar de que ahora estaba con otro hombre. Que nadie había vuelto a empuñar una espada y que ahora en los paneles de piedra solo se grababan símbolos de dioses y representaciones del más allá para protegerlos de la mala suerte. Ya no había guerreros que honrar.

—Está prohibido... —murmura la niña, no sin temor. El hombre la mira pero no dice nada, sabe lo que está pensando. La niña ha crecido en ese nuevo mundo, en el que ella no puede tener una espada porque ahora solo las fabrican para otras tribus, a las que ella nunca ha visto, pero que hacen su vida más miserable llevándose el fruto de su trabajo y dándoles a cambio sobras que ni las alimañas quieren. La niña es pequeña pero ya entiende que el poder es voluble y que, en los tiempos en los que les ha tocado vivir, las espadas cambian de manos con facilidad. Que son símbolos, más que armas, que dan poder a quienes las poseen.

La niña quiere ese poder. No se lo dice al metalúrgico, pero lo observa fijamente mientras saca la lengua de bronce de su molde y le quita hábilmente las rebabas antes de engazarla en el mango de madera. Algún día será suya y, entonces, las cosas cambiarán. Se lo

había prometido a su padre, allí arriba, en una de sus visitas a los paneles de piedra.

...

La mujer agarra su lanza con furia y aprieta los dientes. Mira hacia arriba y recorre con los ojos el asta de madera hasta llegar a la punta de piedra que ella misma ha tallado. El arma brilla a la luz del sol, impaciente, lista para atacar. La mujer está preparada, lleva toda la vida esperando ese momento. En la aldea su bebé aguarda con el resto de los niños, cuidados por los más ancianos, los que ya no pueden levantar un arma del suelo pero que tienen con ellos la memoria del tiempo. Ellos son los importantes, los niños y los ancianos. El futuro y el pasado. Por ellos no pueden permitirse fallar, si lo hacen, las dos generaciones desaparecerán y será como si la aldea nunca hubiera existido.

—Ya vienen. Preparaos.

A su lado el jefe de la aldea, votado entre los ancianos, sostiene la espada que el metalúrgico ha fabricado especialmente para él. Es mayor, pero en sus ojos brilla el fuego de la determinación, para él ya no hay otra salida y así se lo ha dicho a todos. Por eso ella y otras mujeres, las más fuertes, han abandonado su habitual tarea en los campos y se han unido a los hombres para luchar por una vida mejor. Quieren comida para los pequeños y paz para las familias, quieren campos en los que labrar y ganado del que alimentarse. La mujer quiere que todo vuelva a ser como en los tiempos de sus antepasados, cuando todos trabajaban en comunidad y se enterraban en las grandes tumbas colectivas que ahora los caudillos utilizaban como mausoleos personales. Pero la mujer sabe que eso ya no es posible y que ese tiempo ya pasó. Que las armas ahora marcan su destino. Y está dispuesta a luchar por su libertad.

Los hombres gritan, las mujeres chirrían los dientes. Los arcos resuenan. Es la guerra. Cuando vuelvan habrá muchas armas que grabar en los paneles de piedra, pero el sacrificio habrá merecido la pena. Otros hombres corren a su encuentro, dispuestos a matarlos. A la mujer le parece que son iguales a ellos, con las mismas ropas, las mismas armas y la misma determinación, pero no se para a pensarlo. Antes eran iguales, pero ahora, ellos son ellos y, los otros, son los otros.

...

La anciana mira a los hombres que se reúnen en el claro. A sus pies han depositado hachas de bronce, collares de oro y preciosas piedras talladas. Le rinden pleitesía. A su izquierda los ancianos

asienten y a su derecha su hijo la mira, esperando una señal por su parte. Ella acaricia su espada, que yace sobre sus rodillas y, finalmente, asiente con la cabeza. Los hombres se retiran. La guerra ha acabado.

—Ahora podemos festejar —anuncia su hijo. Ella sonríe, él todavía es muy joven como para entender que después de una guerra siempre viene otra. Que siempre va a haber tribus que quieran alzarse por encima de las otras y que siempre va a haber espadas dispuestas a cambiar de manos. La anciana se levanta pesadamente y agarra su símbolo de poder y prestigio entre sus arrugados dedos, todavía fuertes a pesar del paso del tiempo.

—Los jóvenes festejan y los ancianos cuentan historias. —dice sin acritud —Aprended ahora que podéis, así quizás no repetiréis nuestros errores.

La anciana se marcha del claro sin mirar atrás, ha visto mucho, se ha peleado mucho. Consiguió la espada, no sin dolor, y la ha conservado con firmeza. Puede decir con orgullo que su tribu no es como las otras, que ellos dejan comida y ganado, que no matan de hambre a las familias, que han unificado muchos clanes y llevado la paz a muchos lugares. Que han prosperado. Pero también han matado, como las otras, y han defendido su territorio por todos los medios necesarios, como las otras. Y cuando muera la anciana será enterrada con su espada y su carro en una gran tumba de piedra, igual que las de los otros caudillos. Los tiempos cambian, pero algunas costumbres permanecen.

—¿Cuándo acabará? —La anciana se sienta en el panel de piedra y mira hacia el mar. Posa su espada sobre el viejo grabado de su padre y sonríe con cansancio— ¿Es culpa de las armas o de los que las empuñan?

El sol le da en la cara y ella siente el mismo calor que sentía de niña cuando observaba al metalúrgico trabajar en su taller. Cuando todo parecía más fácil y sencillo. Cuando solo era cuestión de poseer la espada y no de decidir qué hacer con ella. Entonces se trataba simplemente de conseguir más comida y espacio, ahora sabe que hay mucho más que eso. Sabe que hay más que tribus y aldeas, sabe de otros hombres y mujeres que viven más allá del valle, tierra adentro, en grandes ciudades con paredes de adobe y caminos de piedra. Sabe que en algún momento llegarán y que su lucha habrá terminado, porque son como las tormentas, no se las puede detener ni controlar, solo esperar a que lleguen hasta ti e intentar que el golpe no sea demasiado duro. La anciana sabe todo esto, pero está en paz

porque sabe que, a pesar de todo, sus hijos han vivido una buena vida, una mejor que la que llevó ella siendo niña. Esa era su tarea y la ha cumplido, lo que pase después ya no depende de ella.

La anciana coge una piedra y talla su espada en el panel, al lado de la de su padre. Luego, con la ayuda de una roca, dobla su espada, la arroja al mar con sus últimas fuerzas y se marcha de allí. Ya no volverá, ya no es necesario. Ha luchado, ha peleado y ha conseguido el poder, lo ha usado sabiamente. Los jóvenes quieren seguir avanzando, quieren hacer más guerras, quieren más territorios, más esclavos y más espadas. Ella ahora es anciana y prefiere mirar al pasado y no al futuro. Ahora le toca descansar.

### ***REBELIÓN EN LA GRANJA. Miguel Ángel Carcelén Gandía***

La gallina Carolina estaba enfadada, muy enfadada. Ella y sus compañeras se pasaban todo el día trabajando, limpiando los nidos, escarbando en el suelo para buscar gusanos y lombrices con los que alimentarse, poniendo huevos, enseñando a los pollitos a hacerse pollos de provecho, sacando brillo a las maderas del gallinero y, mientras tanto, el gallo Ginés holgazaneando sobre el palo mayor del corral. El gallo Ginés no hacía otra cosa que cantar su kikirikí, presumir de los brillantes colores de sus bonitas plumas y comerse el pienso que el granjero cada mañana le dejaba en su caseta.

La gallina Carolina se quejaba:

- ¿Por qué a ti te dan de comer y nosotras tenemos que buscar la comida?, ¿por qué tú no tienes que trabajar y las gallinas sí?

Y el gallo Ginés le contestaba tras cantar de nuevo su kikirikí:

- Muy sencillo, porque yo soy el gallo del corral, el que despierta a los granjeros y el que tiene las plumas más bonitas. Además, soy mucho más fuerte que vosotras, las gallinas.

En eso tenía razón. Una vez intentaron quitarle la comida para compartirla entre todas las gallinas, y el gallo comenzó a

picotazos con ellas. Las gallinas tuvieron que huir sin comida y magulladas.

- ¡Pues no es justo, no es justo y no es justo! –se enfadaba todavía más Carolina, y las demás gallinas le daban la razón.

Carolina propuso entonces a sus amigas ir a hablar con el granjero para que las tratara igual que al gallo, idea que a todas pareció fantástica.

- ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes? –se decían unas a otras.

Y dicho y hecho. Carolina y otras dos gallinas más salieron del corral y fueron hasta la casa del granjero. Tocaron con el pico en la puerta hasta que apareció doña Berta.

- Señora –le dijeron-, venimos a hablar con su marido. Queremos decirle que estamos cansadas de que se porte con el gallo Ginés mucho mejor que con nosotras. Él no hace nada y nosotras nos pasamos el día trabajando. No es justo. Queremos que las cosas cambien.

Doña Berta se echó a reír y les contestó:

- Siempre ha sido así. Siempre se ha tratado mejor a los gallos que a las gallinas, siempre. No podéis venir ahora a cambiar eso. ¡Anda, marchaos antes de que me enfade! –y seguía riéndose por lo que le parecía una idea ridícula.

Las gallinas volvieron muy tristes al corral. Ni doña Berta las entendía. Las cosas siempre habían sido así, por supuesto, pero no era justo. El gallo Ginés, para colmo, se burló de ellas:

- Gallinitas –les dijo-, ¿no os dais cuenta de que las cosas están bien así? Kikirikí, kikirikí... el día que podáis cantar como yo, entonces pedid que os traten como a mí.

Carolina se quedó pensativa y estuvo toda la noche dándole vueltas a una nueva idea. Ella no podía consentir que el gallo fuese más importante sólo por ser más fuerte y porque supiese cantar.

- ¡Ya lo tengo! –gritó en medio del gallinero a media noche, despertando a todas las gallinas-, ¡ya sé lo que haremos!

Las gallinas se arremolinaron a su alrededor y escucharon sus palabras, al tiempo que el gallo, también despierto, intentaba oír lo que decían, sin conseguirlo.

La mañana siguiente fue igual que cualquier otra mañana, igual hasta que el granjero fue a recoger los huevos que ponían las gallinas. “¡Oh! –gritó el granjero, muy sorprendido-, ¿qué es esto?”. El granjero no podía creer lo que estaba ocurriendo, era la primera vez que las gallinas no ponían huevos. ¡Ni un solo huevo! Y al día

siguiente sucedió lo mismo, y al tercer día igual, y al cuarto, y al quinto. El granjero le pidió a doña Berta que hablara con las gallinas para ver qué estaba sucediendo. Las gallinas le explicaron que habían decidido no poner huevos hasta que los granjeros las trataran del mismo modo que al gallo. Si al gallo Ginés lo trataban bien porque cantaba y era elegante, a ellas debían de tratarlas bien porque todos los días ponían huevos que servían de alimento a los granjeros, además de ocuparse de todas las tareas del corral y de educar a los pollitos. Entonces doña Berta se dio cuenta de que aunque las cosas siempre habían sido de otro modo, podían cambiar, era justo que cambiasen, y ella y su marido, a partir de ese día, dieron de comer a todos por igual, tanto al gallo como a las gallinas, y ya que el gallo Ginés sólo cantaba y no ponía huevos, lo obligaron a que también se ocupase de la educación de los pollitos.

Y aunque al principio a Ginés le costó dejar de ser el centro de atención del gallinero y ponerse a trabajar, con el paso del tiempo llegó a ser más feliz, porque descubrió que trabajar como habían hecho siempre las gallinas era divertido, y cuidar de los pollitos también.

Hasta el granjero descubrió que había que cambiar las cosas injustas aunque siempre se hubiesen hecho de esa manera. Y todos fueron felices y comieron lombrices. Bueno, todos menos los granjeros, que comieron huevos fritos.

### ***PROPUESTAS BÉLICAS, LOGÍSTICA Y MENESTERES MARCIALES. Alfio Omar Cao Favot***

La tienda de campaña del General Smith González de la Croix estaba empapada, el barro que se formaba por el descongelarse del hielo era un desastre por todos lados, la situación era suficientemente desesperada como para sumarle los caprichos de la naturaleza. Jhonson estaba haciendo el saludo marcial de rigor en la puerta mientras esperaba ser visto y que le dejaran pasar, pero El General estaba ensimismado mirando el mapa y analizando las posibilidades, eran pocas, aun contando con los valientes soldados altos del Alto Mando de Cronopia estaban absolutamente rodeados.

Jhonson carraspeó ligeramente una o dos veces, pero no surtió efecto, por lo que optó por una tos moderada. A los escasos 3 minutos de su tos, cuando ya los ojos le lloraban y había sufrido de múltiples arcadas el general notó la presencia de Jesus Jhonson.

General: - ¡Hey Jhonson! No suena bien esa tos, toma, come un caramelo de mentol y mango con cristales de frescura

Jhonson: - ¡Gracias General! Traigo noticias del frente General – le costaba un poco hablar, la actuación le había dejado la garganta irritada.

General: - ¿Malas noticias?

Jhonson: - ¡Peores señor! El enemigo tiene mas tropas que nosotros, estamos en absoluta desventaja numérica, deberíamos, si me permite señor...

General:- ¡No! ¡Tus ideas son blasfemas y antinaturales! Ya se lo que me dirás...

Jhonson: - Con el debido respeto señor – le costaba un poco hablar con el caramelo de mentol y mango con cristales de frescura colándose entre los huecos de las muelas y dientes que le faltaban – nuestra política de aceptación de tropas es lo que esta perdiendo la guerra...

General: - ¡Tonterías! ¡Sandeces! ¡Segundas marcas!... Explicate...

Jhonson: - Si fuera su merced tan benevolente de darle una oportunidad a... los bajitos

General: - ¿Está usted loco? - Se sobresaltó Smith y explicó escenificando cada palabra con diferentes posturas corporales que, estaba seguro, aclaraban y daban elegancia a su discurso. -Los bajitos son físicamente menos poderosos, su constitución física es, en números absolutos, simplemente inferior, los soldados deben tener un mínimo de 1.78 cm

Jhonson: - ¡Pero general! Sumarían una buena cantidad de fuerzas a nuestras fuerzas. - luego de unos momentos dijo: -

General: - bueno, puede ser. ¿Es suficiente para ganar la guerra?

Jhonson: - Mucho me temo que no... Si queremos tener una oportunidad debemos ampliar más nuestra soldadesca... Quizás si aceptáramos gente con pelo... O rapados, pero artificialmente...

General: - ¡Que vergüenza! Esta científicamente comprobado que grandes niveles de testosterona masculina y llena de hombría genera alopecia prematura, por lo tanto – Lustró su calva con la gamuza, que venía en el bolsillo superior del uniforme a tal efecto, con orgullo – solo los hombres de verdad carecen de cabello en la zona exocerebroide

Jhonson: - Ciertamente... ¡Pero general! Sumarían una buena cantidad de fuerzas a nuestras fuerzas. ¡Piense en la victoria! - Jhonson mientras decía esta frase levantaba ambos brazos con las palmas hacia adentro, las piernas abiertas y flexionadas hacia un costado con el peso más en la pierna derecha que en la izquierda y los codos haciendo un ángulo de 90° pero opuestos el uno con el otro. Había practicado mucho dicha expresión corporal porque era muy importante que El General aceptase las modificaciones si querían sobrevivir a esta guerra. -

General: - Entonces creo que no tenemos más opción que aceptar a los peludos, los vamos a discriminar bastante, eso sí... ¿Nos alcanza con esto?

Jhonson: - Desgraciadamente no...

General: - ¡Diantres! ¡Ignominias! ¡Alubias!

Jhonson: - El tema del horóscopo...

General: - No... No no no no... Desde siempre los Taurinos y los Sagitarios fueron evitados en el ejercito de la Nación...

Jhonson: - Nunca supe porqué...

General: - De toda la vida...

Jhonson: - Aaah... - Su lógica era irrefutable, pero, tenía que preguntar – ¿Y eso porque es?

General: - Porque de toda la vida – A veces los jóvenes necesitaban que se les enseñe, y él, como buen general, tenía los conocimientos necesarios para instruir a sus tropas, así que puso su tono de voz de paciencia y volvió a explicar – Es así, porque de toda la vida.

Jhonson: - Ah... - El General vio la duda en los ojos de Jhonson, por lo que volvió a explicar, pero esta vez, a fines de maximizar el efecto pedagógico, lo dijo más despacio -

General: - Porque de toda la vida. - Se tomo un momento – Se lo vuelvo a explicar Jhonson, no es vergüenza no entender, escuche bien. Es así porque de toda la vida.

Jhonson: - Emm... - Por más que le diera más y más argumentos no parecía cerrar la idea en la cabeza de Jhonson.

General: - A ver – El general no tenía mucho tiempo, pero Jhonson daba siempre lo mejor de él, así que tenía la obligación de usar todos sus recursos educativos. Por lo tanto le empezó a gritar sin ahorrar saliva y pequeños escupitajos- ¡Lo que pasa es que usted es un inútil que no sirve para nada! ¡Usted es un ganapias y no tiene valor alguno, ni como persona ni como ser humano! ¡Nunca llegara a nada en la vida! ¡Basura inmundita!... - Dicho lo cual efectuó un golpe de

mano abierta sobre la región de la nuca, como lo haría cualquier docente que se precie - ¿Lo entiende ahora?

Jhonson: - Sí, es así porque de toda la vida... Me temo que debo insistir, son muchas fuerzas para nuestras fuerzas...

General: - Entonces también aceptamos a los tauro y sagitario... ¿Que mas va a pedir Jhonson?

Jhonson: - Podemos pagarles menos...

General: - Bueno, al menos es algo... - El General Infló el pecho con aire en los pulmones del pecho - ¿Tenemos suficientes efectivos ahora?

Jhonson: - Yo diría que tenemos una oportunidad General.

General: - Bueno, no será una victoria limpia con lo mejor de lo mejor, pero tenemos suficientes hombres... -

Ambos empezaron a escuchar el tono polifónico del móvil de Jhonson. Hubo un silencio

General: - Jhonson... ¿Puedo llamarle Jhonson? - El General le puso una mano en el hombro, Jhonson se sintió honrado hasta la taquicardia - Atienda esa llamada, puede ser importante... recuerde que la familia siempre va primero, después de la patria claro...

Jhonson: - Comandante Jesus Jhonson, aló... Un momento... Ajam... Ajam - Jhonson parecía que escuchara palabras muy dolorosas - ¿Está confirmado?... - Con mucha dificultad levanto la cabeza, como si la verdad le hubiera puesto un pié en la nuca y no le dejara más fuerzas. - No hay nada que hacer... Nos superan en numero 2,04 a 1

General: - ¡QUE! ¡¿Aún habiendo sumado a todos los hombres del país?! ¡¿ Como puede ser que nos venzan?! ¡Es imposible!

Jhonson: - ¡Lo siento muchísimo General! Aun poniendo a luchar a todos los hombres, sanos y enfermos, niños y viejos, incluso a los delincuentes o peor aún, a los que creen en los mismos dioses que nosotros pero con ligeras modificaciones y/o detalles... Es imposible...

General: - Pero... ¡¿Como puede ser?! ¡Estamos enviando a todos los hombres, TODOS! ¡¿ Que puede superar a todos?! -

Jhonson: - Todes...

Ambos hicieron silencio y se sentaron abatidos. El sol salía tras las montañas para derretir las ultimas nieves de un invierno que había durado demasiado.

**CINCUENTA. Raúl Clavero Blázquez**

Cuando desperté bien entrado ya el día de Año Nuevo, lo primero que vi, aún difuminado por la bruma del sueño, fue un bulto enorme y violáceo en mi hombro derecho. Abrí bien los ojos y giré el cuello cuanto pude para comprobarlo. Allí estaba, palpitante, acusador, como un sello que certificara los excesos de la Nochevieja. Por más que pensaba, sin embargo, no era capaz de recordar golpe alguno que hubiese podido provocarme aquella extraña magulladura. La rocé ligeramente con los dedos. Sentí un dolor diferente al que esperaba, más parecido al que despliegan en la garganta los malos recuerdos que al que ocasionan sobre la piel las caídas. Con el paso de los días, además, el cardenal se mantuvo inalterable. La misma forma, el mismo color, la misma sensación angustiosa al notar en él la más leve caricia. Me habría acostumbrado, no obstante, a su presencia si no hubiera sido porque otra contusión, similar a la primera, brotó en mi hombro izquierdo a mediados de enero. La tercera, la cuarta y la quinta aparecieron en febrero repartidas por mis piernas. La sexta, ya en marzo, alojada junto al esternón, fue la que me llevó definitivamente al médico. A partir de entonces comencé una ruta interminable por las consultas de los mejores especialistas de la ciudad. Las pruebas a las que me sometieron resultaron poco concluyentes, los diagnósticos vagos, y los tratamientos ineficaces. En agosto ya había perdido la cuenta de las marcas que adornaban mi cuerpo, y con la llegada del invierno los hematomas comenzaron a asomarse por las zonas más visibles de mi anatomía. Manos, orejas, pómulos, párpados. Deprimido, solicité una excedencia en el trabajo, y en Navidad, sin ganas de festejos, me encerré en casa. Pasaba las horas frente al televisor, saltando sin prestar atención de programa en programa y por eso, el treinta y uno de diciembre, me topé con aquel canal de informativos que no solía ver.

-En los últimos doce meses cuarenta y nueve mujeres han sido asesinadas en España por sus parejas o exparejas - dijo el locutor.

Al escuchar semejante cifra mis dedos se agarrotaron. De pronto tuve un presentimiento fatal. Me incorporé de un salto, me quité la ropa y corrí a mirarme en el espejo del cuarto de baño. Conté diez, veinte, cuarenta, cuarenta y nueve... Cuarenta y nueve moratones, uno por cada víctima. Volví apesadumbrado al salón, sin tiempo más que para escuchar la frase final del reportaje.

-La violencia de género nos hace daño a todos. En nuestras manos está evitarla.

Noté un peso terrible sobre mi nuca. Tomé aliento y bajé el volumen, consciente de lo que vendría a continuación: los golpes, los gritos, los insultos, los llantos. Las habituales súplicas de mi vecina que siempre había preferido desoír. Avergonzado por reaccionar únicamente cuando empecé a padecer parte de su dolor en mi carne, tomé el teléfono e hice lo que tendría que haber hecho mucho tiempo atrás. Ese año, decidí, en ningún telediario dirían el número cincuenta.



**VENCIDAS, NO. DESPOSEÍDAS. Juan José Coronado Fernández**

Desde hace unos meses trabajo en Barcelona como secretaria en una empresa alemana de Import-Export. Tengo la fortuna de ingresar por mi trabajo la misma cantidad que un hombre, de no tener que llevarle el café a los jefes mientras están reunidos (en fin, esos tópicos en desuso) pero hace unos días, revisando la lista de cargos de la empresa, encontré la primera mujer en el nivel de jefe de ventas (jefe, con e), después un vacío de varios escalones y lo más nutrido de nuestro género en la clase de tropa, casi en su totalidad. En los cargos directivos, ninguna. Ninguna.

“Es triste pero es normal -me explicó mi superior jerárquico, con el que mantengo una buena relación- vuestra gran suerte es la maternidad y el mantenimiento del hogar, pero eso es también vuestro hándicap: a la empresa solo le interesa producir beneficios, si no, estaríamos muertos”. “¿Y por qué no nos repartimos las tareas, para que el beneficio no se resienta?”. “Bueno, nosotros ya ayudamos en casa, aunque nunca lo haríamos tan bien como vosotras, tenéis más práctica”. “Genética”. “Mujer, no es eso...”. “Sí, vale; pero algunas de nosotras no tienen cargas familiares ¿somos también inferiores para liderar una empresa, padecemos un impedimento genético?”.

“Bueno -suspiró- puede que tengas razón, pero la cosa va como va”. Claro, no había caído.

En los momentos de flaqueza me digo ¿por qué no me olvido de este país y echo raíces en cualquier otro del norte de Europa? Ya he cumplido con creces el tiempo de la “movilidad exterior laboral formativa”, como tildó aquella desdichada ministra a lo que es pura y duramente emigración de los jóvenes. Tampoco poseo recursos mercantiles, ni aunque los tuviera sabría hacerlos fecundar, pero el derecho a un trabajo digno es tan consustancial a la persona como el aire que respira. Porque el trabajo es la mayor riqueza de un país, y yo me niego a que nos lo administren a cuentagotas.

Sobre todo, a las mujeres. Mientras escribo estas notas, mi hija se me ha acercado con una tarea escolar. Lleva pocos meses en Cataluña y el idioma se le resiste a veces, pero en esta ocasión no viene a preguntarme sino a compartir con su madre, a la que adivina triste, unos versos de María Mercè Marçal:

*Al azar agradezco tres dones:*

*haber nacido mujer,  
de clase baja y nación oprimida.  
Y el turbio azur de ser tres veces rebelde.  
(...) Vencidas, no. Desposeídas  
de la raíz, o bien cerradas  
sin camino, clavadas cuerpo adentro.*

Sí, hija mía. Un filósofo de los que pronto te tocará estudiar se felicitaba de haber nacido hombre y no animal, varón y no mujer, griego y no bárbaro. Algunos rabinos todavía agradecen a Dios ser varón, judío y libre. Nosotras debemos al azar haber nacido mujer, y me siento muy contenta de no haber adquirido una deuda divina para proclamarlo con orgullo.

Pero mi hija tiene el buen humor y la entereza de su bisabuela y, mientras su mamá (servidora) lo va disponiendo todo para adecentar la casa, ella, a mi espalda y cogiendo el cubo, me sigue leyendo:

*Trapo del polvo, escoba, espolsador,  
plumero, cepillo, estropajo de esparto,  
gamuza, jabón de corte, bayeta, lejía,  
arena, jabón en polvo, azulete, Netol.  
Barreño, cubo, sacudidor de colchones,  
esponja, pala, recogedor,  
lebrillo, ceniza, sulfumán, paños...  
Sale el guerrero hacia el campo de batalla.*

Sí, pequeña mía, somos las guerreras de una guerra perdida. Pero no nos vamos a rendir. Tú y yo somos de aquí. Y mujeres. Que no se nos olvide nunca.

A los pocos minutos cada una se encuentra centrada en su tarea. «Limpio mi casita» canta la niña y yo le hago el coro: «la, la, la, lalita». «Barro, friego y froto», «la, la, la, laroto». «Y todos los días, la misma tarea, lo hago muy contenta para que alguien lo vea». Una canción con resabios de otra época, pero que mi hija canturrea como lo que es para ella, simplemente un tarareo pegadizo y gracioso, educada como está en la igualdad entre mujeres y hombres, entre niños y mayores, sin más disciplina que el correcto uso de la razón cuando surgen discrepancias (Jamás le he dicho aquello de «¡porque soy tu madre, y a callar!», ni siquiera cuando a sus pocos años el capricho se imponía a cualquier razonamiento; pero al final lo entendía y cuando un niño berreaba me miraba con una sonrisa y me

susurraba '¡qué pequeño!', porque para ella el mayor elogio era: '¡qué mayor te estás haciendo!').

Levanté la cabeza y miré, orgullosa, a mi ratita presumida, que no hace ni un mal gesto cuando tiene que ayudarme en lugar de holgazanear con las amigas, porque esta casa es también su casa, y la limpieza, algo que madre e hija deben hacer en común, como un equipo paritario. Volví a mirarla y me juré luchar con todas mis fuerzas por conseguirlo: tú serás ciudadana de un mundo libre, libre de distinciones de sexo y género, solo personas. Mas para eso hay que luchar, no en batallitas estériles aunque necesarias contra el uso machista del lenguaje, la utilización de la mujer en la publicidad, la colaboración del varón en las tareas de casa y tantas similares. Todo eso debe sonarnos ya irremediamente a rancio. Hemos de luchar como en Finlandia, en Suecia, donde todavía la brecha salarial es de entre el 14% y el 18% a favor de los varones y las mujeres no han gritado ni se han puesto histéricas, simplemente han salido antes de sus trabajos, acomodando el trabajo real al sueldo recibido. Solo eso. Y de inmediato las empresas se han puesto a solucionar esta situación, abochornadas y pidiendo perdón por los abusos cometidos.

No hay hombres y mujeres cuando hablamos de derechos y obligaciones. Somos personas, y punto.

### ***ALEX Y ANDREA. Raúl Díaz Barrios***

Salamanca, 2008

—Sí, quiero.

Y después, como en todas las bodas, besos y abrazos a la salida de la iglesia, fotos, banquete y baile hasta las tantas. Alex y Andrea se habían casado. Durante todo el día se habían permitido olvidar la incertidumbre que sentían al pensar en que, en unos días, a la vuelta de la luna de miel, les esperaba un traslado. Dejaban su ciudad y se iban a Madrid. Solos.

—Andrea, ¿estáis seguros? Ya sé que Madrid está cerca, pero allí no conocéis a nadie.

—Sí, papá. No podemos dejar pasar esta oportunidad. La oferta que le han hecho a Alex... Nos arrepentiríamos si la rechazara.

—Y de lo tuyo, ¿qué hay? —su padre estaba intranquilo.

–Mi empresa ha aceptado el traslado, así que no debería tener problema. El nuevo puesto que tendré es de una categoría inferior y el salario más bajo, pero nos apañaremos. No te preocupes.

Madrid, 2010

–Mellizos.

–Sí, mellizos. Dos de golpe. ¿Cómo lo vamos a hacer? El permiso de paternidad es una mierda. Y el de maternidad se acabará antes de que nos demos cuenta. Y aquí en Madrid no tenemos a nadie que nos eche una mano.

–No creo que sea bueno que los dejemos en la guardería con apenas cuatro meses. Puedo pedir una excedencia de un año. Y cuando acabe reduciré jornada.

–No sé si es buena idea, no quiero que tengas problemas en el trabajo.

–No tiene por qué haberlos. Es un derecho de los trabajadores como otro cualquiera.

Madrid, 2018

–¿Hoy sabrás si tienes que hacer ese viaje el fin de semana?

–Sí, a primera hora tenemos una reunión por Zoom con la sede de Barcelona en la que nos lo confirmarán. No te preocupes, de hoy no pasa –aseguró Alex.

–Bien, así puedo empezar a organizarme en caso de que sea necesario.

–Si finalmente no tengo que irme, ¿qué te parece si el sábado me encargo yo de llevar a los niños al partido?

–Estupendo –Andrea no ocultó que odiaba el fútbol, aunque jugaran sus hijos. –¡Vamos tropa! Tenemos que irnos o llegaremos tarde al cole.

Pablo y Luís bajaron al garaje y se montaron en el monovolumen. Cada mañana salían todos a la vez, pero no juntos. Alex se iba en un coche al trabajo. Andrea llevaba a los niños al colegio en el otro. Alex pasaba el día de reunión en reunión o delante del ordenador en su despacho, comía algo rápido con algún cliente y volvía a casa, con suerte, a media tarde. Andrea tenía un par de lavadoras pendientes, algo de plancha, hacía la comida, recogía a los niños a la salida del colegio y comía con ellos. Después los llevaba a las extraescolares y un rato al parque. Alex ocupaba un importante cargo en una multinacional, su jornada laboral solía alargarse y tenía viajes a

menudo. Andrea había dejado su trabajo hacía cinco años. Con el sueldo de Alex viven holgadamente.

Madrid, 2021

–Papá, ¿tú por qué no trabajas? –preguntó Pablo mientras miraba atentamente a Andrea, que recogía la mesa después de comer.

–Anda, ¿por qué me preguntas eso ahora?

–Hoy en el cole un niño me ha dicho que sois raros. Que mamá trabaja y tú no y que debería ser al revés.

–A mi familia de Italia también le parece extraño. Pero ¿sabes qué?

–No, papá, ¿qué?

–Pues que hubo un momento, hace años, en que papá y mamá tuvieron que tomar una decisión. Tuvieron que elegir entre hacer lo que todo el mundo hacía y les decían que debían hacer, o hacer lo que ellos creían que era mejor. Hay gente que cree que las mujeres no pueden trabajar tan bien como los hombres y que deben quedarse en casa cuidando de los niños y limpiando. Nosotros pensamos que todos podemos hacerlo todo igual de bien. Una mamá puede tener un trabajo importante, y un papá puede cuidar de sus hijos y tener la comida preparada cada día. Es raro porque no es lo hacen la mayoría de papas y mamás, pero a nosotros nos pareció que así seríamos felices. Y a lo mejor, cuando Luis y tú seáis mayores y tengáis vuestras propias familias, ya no es algo tan extraño y hay más mamás trabajando y más papás encargándose de las cosas de casa. Por cierto ¿te parece que lo hago bien?

–Bueno... no lo sé. Lo que me parece es que os quiero mucho a mamá y a ti y que me encanta la familia que tenemos.

–A mí también hijo.

Mientras hablaban, Andrea había acabado de recoger la cocina y llenado el lavavajillas. Lo puso en marcha y se sentó. Se sentía cansado.

–Hola pareja, ¿qué hacéis? –Alex acababa de llegar y tenía la tarde libre por primera vez en mucho tiempo.

–¡Mamá! –apareció Luis en cuanto la oyó.

–Hablábamos de cosas de hombres –le guiñó un ojo Andrea.

### ***ASU HORA. Enrique Espejo Torija***

Es terrible. De nuevo le oigo llegar. Vigilo mis manos, para que esta vez no tiemblen. Sé que en el momento que me mueva ligeramente, me encontrará y de nuevo hará lo que quiera conmigo. Otra cosa que hago cuando le oigo es hacerme la dormida. A veces creo que no me cuesta ningún trabajo en absoluto. Sin esfuerzo consigo mantener cerrados los ojos sin que me lleguen a temblar.

Si ese día me hubiera ido definitivamente... luego dicen que el azar no influye en la vida de las personas. Si ese tren hubiera llegado a su hora y el chico no se hubiera tirado a las vías en la estación anterior, yo estaría en otro lugar, con otra vida, en otro mundo.

Está pasando por mi lado y lo debo estar haciendo muy bien, porque esta vez no me ha dicho que me levante, ni que le prepare la comida ya, ni lo guarra que soy, ni ninguna de esas cosas tan horribles. Voy a dejar de pensar en ellas. Si sigo haciéndolo, probablemente me ponga a llorar y va a descubrir que no estoy dormida.

Le oigo vestirse. Me dan unas ganas tremendas de darme la vuelta y ver qué ropa está eligiendo. ¿Para qué se estará vistiendo si acaba de llegar? Aun recuerdo el traje azul que vestía cuando éramos novios. Estaba guapísimo.

Vuelve a salir. ¡Puf! Respiro aliviada. Ahora ya no tengo que hacerme la dormida y puedo volver a estar tranquila. Pero estoy muy cansada y voy a permanecer en la cama un rato más. Además, siento un dolor tan hondo, que no me apetece levantarme.

Llaman al teléfono. Voy a dejarlo sonar. Estoy molida. Luego llamo yo. Lo mismo es mi madre. Dicen que madre no hay más que una, pero la mía vale por ocho. Y yo creo que sabe lo que sucede en casa, pero es una mujer muy discreta y siempre que me ha preguntado indirectamente algo de mi matrimonio, hemos salido tarifando. Así que, la pobre lo debe de estar sufriendo en silencio. Pero, sí, definitivamente, sé que lo sabe.

Tengo que limpiar mañana la cocina. Está sucísima. Llevo cinco días sin recogerla y es que, este es el cuarto día que me paso metida en mi habitación sin parar de llorar y con una tristeza enorme. Quizá luego cuando me levante, me ponga con ella y la deje como los chorros del oro. Eso si me animo, claro.

¡Qué tranquilidad! ¡Ojalá siempre estuviese tan relajada como ahora! , como cuando él no está.

Han debido de pasar dos horas desde que tuve el pensamiento de

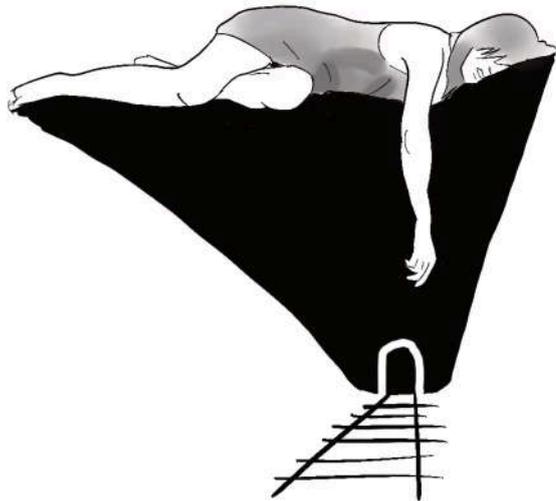
la cocina. He debido estar durmiendo. Me he despertado mucho mejor. Estoy sin dolor ninguno y como si hubiera estado durmiendo tres años. En breve me levanto y recojo la cocina, que ahora sí me apetece.

¡Ey! Vuelve a entrar. A hacerse la dormida de nuevo. Esta vez le oigo llegar menos contundentemente que en otras ocasiones y le noto quieto en los pies de la cama. Está inmóvil, pero no sabe que por mucho que esté ahí, no va a conseguir que me despierte ni que note que no estoy durmiendo.

Lo dicho. Me voy a levantar ahora que se ha vuelto a ir. Quiero disfrutar de este momento en la soledad maravillosa de mi casa. ¡No, por Dios! ¿Otra vez vuelve? ¡Andá! Si no es él esta vez, es mi madre, qué ilusión, tenía ganas de volver a verla. ¿Por qué lloras, mamá? Está viniendo hacia la habitación. Cada vez llora más. ¿Quiénes son esas personas que te acompañan, mamá? Pero deja de llorar así, me estoy poniendo muy triste, más aun de lo que lo estoy ya...

¡Dios! ¡Qué oscuridad! No veo nada. Al menos he dejado de oír sollozar a mi madre. Voy a dormir un poco más. Luego, cuando descanse otro rato y me levante, voy a ir a verla para que se tranquilice y no vuelva a llorar así. ¿O lo habré soñado? Sí, seguro que ha sido un mal sueño. Entonces, cuando me levante, recogeré la cocina lo primero.

Si ese tren hubiera llegado a su hora...



### **ESALUZ EN LOS BOLSILLOS. Antonio de la Fuente Arjona**

-¿Otra vez tus manos?

La discusión queda interrumpida por el gesto típico de Marie al frotarse con fuerza los dedos hinchados, allí donde las quemaduras por la radiación son más visibles.

-No es nada.

-Ven, déjame... -Pierre, desde el otro lado de la mesa de trabajo, recoge sus manos con cariño y las masajea con suma delicadeza, sin dejar de mirarla a los ojos-. ¿Mejor?

-Es mucho dinero. -Ella retoma la conversación, a pesar del alivio que siempre le produce esa caricia íntima-. ¡15.000 dólares, nada menos, Pierre! -Y ahora es ella quien aprieta las manos de su marido y le transmite así su urgencia, su ansiedad característica-. ¿Tú sabes todo lo que podríamos hacer con ese dinero? Quizá contratar otro ayudante, nuevo material para el laboratorio. Ese premio nos abriría muchas puertas para poder seguir investigando.

-Pero no así, Marie.

-No es la primera vez, tú ya lo sabes. No es la primera vez que me hacen de menos por ser mujer, simplemente por eso, por ser mujer.

-Pues yo quiero que sea la última.

A Marie se le escapa una carcajada, no puede evitarlo. Mucho tendría que cambiar el mundo, dice.

-Marie, no te dejaron estudiar en tu propio país porque estaba prohibido que las mujeres acudieran a la universidad. También en Polonia, y ya siendo licenciada en Física y Matemáticas por la Sorbona de París, se negaron a contratarte en la Universidad de Cracovia. ¡Ni siquiera te permitieron hablar en la Real Institución de Gran Bretaña hace un mes, a pesar del aplauso mundial a nuestro trabajo! ¿Y ahora esto?

Esa mañana lluviosa de primeros de noviembre de 1903, Pierre había recibido el amargo mensaje de un miembro de la Real Academia de las Ciencias de Suecia. El matemático Magnus Gösta, totalmente en desacuerdo con tal decisión, le advertía que el comité seleccionador pretendía honrar exclusivamente a Pierre y Henri Becquerel, negando el reconocimiento a Marie. Por ser mujer.

-No, Marie, ya está bien. Rechazaremos el premio Nobel si no se distingue por igual tu trabajo, está decidido y así se lo he hecho saber a Magnus Gösta. ¡Por favor, pero si fuiste tú quien se empeñó en esta línea de investigación!

Marie guarda silencio. Ha sacado algo de uno de sus bolsillos, es un pequeño trozo de pechblenda. Le gusta esa piedra, parece que le relaja tenerla entre las manos, apretarla, estrujarla, como si de esa forma ayudara a sacar, a extraer de una vez su esencia, el secreto que sabe que esconde. Tras un rato jugando con ella, Marie suspira y coloca el mineral de uraninita sobre uno de los platillos de la pequeña balanza del laboratorio que hay sobre la mesa, inmediatamente la cruz de la balanza se escora violentamente por el peso de la pechblenda.

-Si en el platillo contrario pusiera un resto del alma de esa roca, de polonio o de radio por ejemplo, ni siquiera se notaría, el fiel de la balanza no se inmutaría, ¿verdad? ¿Pero qué es más importante, la piedra o la esencia que esconde?

-Sabes perfectamente que su alma, como tú la llamas. -Le concede Pierre sonriendo, entendiendo perfectamente a dónde quiere dirigir su razonamiento-. Las moléculas de uranio que contiene son lo importante y lo extraordinariamente poderoso.

-¿Qué es lo primordial, entonces, el reconocimiento público o nuestro trabajo?

Marie ama su trabajo por encima de todas las cosas, su pelea es por la Ciencia. Cuando termina el día, ya muy entrada la noche y con el laboratorio a oscuras, le fascina ver cuál ha sido su laborioso recorrido por las mesas, la gran pizarra y los demás objetos. El rastro de hadas que deja su investigación, ese polvillo luminiscente y radiactivo. ¡Hasta se lleva la luz a casa! Entre trazas de mineral, los tubos de ensayo con radio iluminan sus bolsillos. Y la van matando lentamente. Nada de eso podrá tocarse en el futuro. Pasarán cientos de años antes que sus objetos personales puedan tocarse sin miedo a la contaminación radiactiva. Ni su ropa, ni los muebles del laboratorio o de su casa, ni los libros, ni sus apuntes de trabajo, ni siquiera su recetario de cocina.

-Pierre, esto ha sido, es y seguro seguirá siendo así en el futuro, cientos de años después de que nosotros hayamos muerto. La mujer tendrá que luchar por su lugar y su respeto toda la vida.

-Nunca me he sentido superior a ti, ni como científico ni como hombre.

-Lo sé, Pierre, pero...

-No sólo es por ti, Marie -le interrumpe con vehemencia-, es también por mí. Nunca me he sentido superior a ninguna mujer, ni a nadie en realidad, y no, no voy a consentir que me pongan en esa posición absurda, no voy a aceptar esa prebenda vergonzante.

-Y qué te sorprende, Pierre, si todavía algunos de nuestros laureados colegas consideran nuestra investigación más alquimia que ciencia. Qué contradictorio, un mundo de búsqueda constante, de cuestionamiento y conocimiento, podrido también por la vanidad, la ignorancia y los prejuicios. Qué se le va a hacer, sino seguir trabajando.

-¿Quieres que te lea de nuevo lo que dice la prensa?

-No hace falta.

-Yo creo que sí hace falta. ¿Hasta cuándo tendremos que soportar su idiotez?

-Déjalo estar, Pierre.

Pero él ya se ha levantado y recoge furioso el periódico del cubo de la basura. Mientras busca la página, el agitar del papel provoca una nube de polvo gris que casi le envuelve.

-“Marie -comienza a leer con voz ronca, con ira contenida-, no es más que una trabajadora meticulosa y activa, pero mediocre, ya que una mujer sólo puede brillar en el campo de la ciencia si trabaja bajo la guía e inspiración de un hombre profundamente imaginativo del que esté enamorada.”

Pierre rompe el periódico en pedazos y toses. La imagen del doctor peleando con el papel y la tolvanera mineral es hilarante. Marie se tapa la boca con las manos.

-¡No te rías!

Se miran en un segundo de tensión pero rápido las carcajadas del matrimonio Curie retumban en las paredes y cristaleras de ese pobre y ruinoso cobertizo que utilizan como laboratorio, donde la lluvia y el frío se cuelan por cualquier rendija, y donde Marie, con el transcurrir de los años, confesará que fue inmensamente feliz. Cuando la risa y los estornudos se calman, mientras se seca las lágrimas con la manga sucia de su chaqueta dejando un brochazo plomizo en su mejilla, Pierre insiste, muy serio.

-Esta vez no lo permitiré, esta lucha también es mía.

***SI ME PREGUNTA. José A. Gago Martín***

No tengo más que buenos recuerdos de la primera infancia. Ni traumas en la escuela ni soledad por ser hija única: en los pueblos, por aquellas fechas, nos pasábamos los días enteros en la calle, todos los niños éramos como una gran familia.

El mundo cambiaba deprisa y nos adaptábamos a los cambios. Llegó la democracia, las canciones de Jarcha, el sálvese quien pueda, el destape,... Pero, en mi casa, las cosas cambiaron por cosas muy distintas. Mi padre dejó de trabajar por culpa de los pulmones, como casi todos. La mayoría lo aceptaba como una consecuencia inevitable, se pasaban las tardes en el bar o les daba por el huerto, por plantar vides o frutales. En vez de resignarse, mi padre optó por fundirse la pensión por aquellos tugurios que proliferaban en las afueras de Ponferrada. Aún eran buenos tiempos para la mina, corría el dinero y los mineros tenían prisa por dilapidar el sueldo, antes de que la silicosis les imposibilitara ciertas alegrías o un derrumbe los enterrara vivos.

A mí aquel camino de mi padre hacia el abismo, me pilló fuera, estudiaba Historia en Salamanca. A los hijos de los mineros jubilados nos daban unas becas aceptables. Yo quería especializarme en Arte, la primera vez que vi las vidrieras de la catedral de León me quedé anonadada. Pero en unas vacaciones de Navidad todo ese mundo de luz pasó a un segundo plano. Al llegar, me encontré a mi madre con un ojo amoratado. Lo diré sin rodeos: mi padre volvía borracho, a las tantas, supongo que frustrado con su vida y la emprendía a golpes con mi madre. La violencia de género parece una cosa ajena, lejana, hasta que te atrapa con sus asquerosas manos machistas. Te atrapa y no es fácil soltarse: la abuela prefería mirar para otro lado, ella venía de los tiempos del miedo y el silencio; mi madre escuchaba las canciones de Jarcha, pero estaba asustada y avergonzada, apenas salía a la calle con sus ojos morados porque, sin ninguna razón, se sentía responsable y debía “cargar con aquella cruz”. Quedaba yo, me veía obligada a elegir: podía haber mirado para otro lado como la abuela o bajar la cabeza como mi madre y continuar con mi vida lejos, aceptando eso tan triste de que ojos que no ven, corazón que no siente. O, por otra parte, podía elegir el otro camino, enfrentarme a aquella realidad que me revolvía las tripas.

Y elegí el camino difícil:

-Esto se acabó, -le dije a mi padre. Eran las cuatro de la madrugada, llegaba dando bandazos, no me explico cómo conseguía llegar con el coche, en plena noche por carreteras heladas.

-¿Qué cojones se acabó? -me dijo, al tiempo que trataba de apartarme con el brazo.

-Esto se acabó, -le dije, manteniéndome firme en mitad del pasillo, obligándole a escuchar aunque tuviera que apoyar el hombro contra la pared para no perder el equilibrio-. Esto se acabó. Los malos modos, las borracheras, las palizas a madre,...

Pero al día siguiente y al otro nada había cambiado, mi padre seguía inaguantable y se marchaba a última hora de la tarde dando un portazo. Y, por supuesto, volvía tan borracho como todos los días, tirando muebles, renegando, golpeando.

Contra la violencia, para la parte débil, solo cabe la huida. O eso es lo que pensé en aquel momento. Saqué a mi madre de aquella casa, tenía que alejarla de las palizas. Necesitaba un trabajo. Era el año 84, habían convocado plazas para ayudantes mineros en Hunosa, y unas cuantas mujeres nos apuntamos; por primera vez no se nos excluía de manera explícita. Hasta los sindicatos, que cacarean que defienden los intereses de los débiles, trataron de evitar que entráramos por todos los medios. Pero se encontraron un problema con el que no contaban: nos importaba poco lo que dijeran, lo que escribieran en los periódicos, las movilizaciones de hombres y mujeres hasta la boca de los pozos para insultarnos y tratar de boicotear nuestro trabajo.

Resistimos contra todo eso, conseguimos entrar a hacer el mismo trabajo y cobrar el mismo sueldo que los hombres. Por fin. Con toda dignidad tenían que considerarnos mineras. Aunque en los lavaderos, y en tareas auxiliares, ya las mujeres habían estado desde el principio. Nuestros delicados pulmones pudieron respirar en las entrañas de la tierra, nuestros débiles músculos aguantaban el duro trabajo y nuestra naturaleza asustadiza se enfrentó al peligro sin achicarse.

Y en el tajo, hombro con hombro con ellos, tardaron mucho en aceptarlo. De aquellos primeros tiempos me viene el mote: Rosario la Dinamitera. Porque le sonaba el poema de Miguel Hernández, aquel sobre la miliciana que perdió una mano por culpa de un cartucho de dinamita durante el cerco de Madrid.

-Charo, ven, -decían, soeces, no líricos-, tengo un buen cartucho para ti.

A eso pretendían reducirnos, como siempre, a meros instrumentos a su disposición. El tiempo, como el agua, acaba erosionando hasta lo más duro. La costumbre acaba suavizando todas las aristas y poco a poco nos fueron aceptando. Pero para que nos consideraran parte de los suyos tuvo que ocurrir una tragedia. Quizá la hermandad que reina entre los mineros emana de esa convivencia con el peligro y con la muerte.

Los tiempos de las vacas gordas se fueron esfumando, la mina seguía siendo un trabajo duro, pero ya no estaba tan bien pagado. Para conseguir buenos sueldos, en algunos pozos, se priorizaba la rentabilidad inmediata a costa de la seguridad. En algunas galerías se avanzaba sin las necesarias precauciones, eso fue lo que provocó el accidente: se hundió el techo y nos pilló en el corte. Algunos compañeros quedaron sepultados, otros malheridos; sólo Marina, una chica de Bembibre, y yo quedamos en condiciones de movernos y buscar salida. La vida de un puñado de hombres en manos de dos mujeres, si no hubiera sido una tragedia que obligaba a movernos rápidas, nos hubiéramos reído con aquella situación tan irónica. Marina y yo fuimos capaces de abrir camino, de poner a salvo a los heridos, de buscar ayuda,... De entrar un día como unas apestadas indeseables, pasamos a salir como heroínas.

La gente volvió a la boca de la mina a vitorearnos. Y los sindicalistas después y los periódicos, finalmente, cambiaron el discurso: las mineras tienen tanta capacidad como los hombres para sobrevivir, ya era hora de que se aceptara.

Casi fue un homenaje póstumo, la actividad en la mina desaparecía a pasos agigantados. El carbón, que fue el motor, la energía vital, de la revolución industrial, ahora era el responsable de un cambio climático suicida.

Todo eso es ya del dominio público. En lo que a mí respecta, estoy aquí, en el mismo punto: otra vez buscando una salida. Con el inconveniente de la edad.

Si se me pregunta que si existe igualdad, creo que en la teoría sí. Pero, en la práctica, a los hombres el valor, la aptitud, la fuerza, la inteligencia, se les suponen. Las mujeres estamos obligadas a demostrarlo cada día.

## **DIÁLOGOS CON MI DIARIO. *Quintín García González***

Día 9 de Marzo, a las 6 de la tarde

Vengo asustadita, no sé si me lo notarás, querido diario. Ha sido muy fuerte lo de esta tarde, ya verás, ahora te lo cuento. Es la tercera vez por lo menos que si me pongo el suéter rojo me ocurren cosas raras. Actúa por su cuenta. Mi madre dice que son bobadas más, pero te aseguro que este suéter tiene, no sé, algo mágico.

Me pone en unos aprietos tremendos. Pero hoy se ha pasado, te lo juro. Ha sido una experiencia muy fuerte, demasiado, y un poco triste, ya verás, ahora te lo cuento. A mi madre ni se me ocurre contárselo, que ya sé lo que me iba a decir: oye, niña, haz el favor, con esas cosas no se juega. Tú lo que tienes es muchos pájaros en la cabeza. Y ya sabes lo que dice tu padre, que de salir por la noche nada, que eres una niña todavía, así que menos cuentos y más vale que te pongas a estudiar. ¡El rollo de siempre!. ¡Y mi hermano qué, ese puede hacer siempre lo que quiere, ¿no?!

Ya te lo cuento, espera, no te impacientes, tonto. Pero antes de empezar, quiero que quede clara una cosa: lo que voy a contarte es verdad que me ha ocurrido. Por favor, no te rías, eres imposible, cada día te pareces más a mi madre. Ya sé, ya sé que algunas de mis confidencias están un poco exageradas, y que lo de la semana pasada con el chico de mi clase no fue tanto como te dije. Bueno, no fue verdad, no te lo niego, pero sabes que no es que quiera mentirte -tú eres mi mejor amigo-, es que algunas cosas te las cuento a ti para ver si así me ocurren de verdad. Una vez de pequeña lo leí en un cuento: a una princesa le ocurría eso, que escribía sus deseos en un papel y luego lo echaba a volar por los aires, y al día siguiente el deseo se cumplía. Por eso te cuento yo todos mis deseos.

Ahora parece que estoy un poco más tranquila, a ver si me sale bien la historia, sin que se me olvide nada. Pues mira: hoy nos han perdonado en el colegio las clases de la tarde a los de mi curso porque D. Alipio, sí, el profesor ese sabiendo, nos ha llevado al Museo de la Semana Santa, que dice que la gente joven pasamos de tradiciones, y que mucho presumir en Zamora de su Semana Santa, pero la mayoría de la gente no conoce las cosas artísticas que hay en la ciudad. Se ha marcado un rollo el tío que ni veas. Como era para salir, por nosotros divinamente; con tal de no estar encerrados en ese mausoleo. Habíamos quedado citados a la puerta del museo a las tres y media. Como D. Alipio se ha retrasado, ya andábamos todos un

poco revueltos, y los chicos empezaron a armarla con el timbre y las puertas. Y el encargado del museo no hacía más que salir y preguntar por el profesor. Y ha cogido el señor un cabreo que quería llamar a la policía y todo. Al fin vino D. Alipio y el señor se calmó un poco, y ya entramos, ¡hala!, todos en manada, como siempre, que es una falta de vergüenza, ni sé cómo nos admiten.

Al principio, los chicos y las chicas nos repartimos por todos los lados del museo en plan salvaje, ¿sabes?, pero D. Alipio dijo que todos juntos detrás de él para que fuéramos viendo por orden las cosas. El señor de la puerta venga a insistir que nadie tocara nada. Y se metió en un cuarto y dio todas las luces, y en ese instante el museo se transformó en algo maravilloso, como si fuera un gran escenario de teatro de los importantes con focos por todas partes. Y las figuras eran personajes de una obra de teatro que estaban así, quietas, como paralizadas. Los focos iluminaban la cara de los santos y de las vírgenes y de los soldados romanos, y parecían de verdad, te lo juro, te lo juro, ¡por estas!. Yo alucinaba, ¡qué pasada! No podía ni tragar saliva, créeme. Luego pusieron una música que sonaba divinamente, voces por un lado y por otro. Parecían gritos de protesta, gemidos de dolor, ¡alucinante!.

Cuando ya íbamos por el número catorce, La Verónica, que es una mujer que está ella sola en el Paso, yo esperé a que todo el grupo se marchara. Y cuando se marcharon, me acerqué más, y más, hasta que estuve debajo mismo de la imagen, ¿me sigues? Y entonces le vi los ojos a La Verónica. Así, de cerca. Y los tenía brillantes, brillantes, un poco enrojecidos, hasta que me di cuenta de que es que estaba llorando. Me quedé cortada, ¿sabes?, porque yo creía que las imágenes no lloran. En ese momento la música estaba muy fuerte, que cantaban cosas en latín, creo, y parecía que los coros también lloraban y yo me emocioné cuando se cruzó mi mirada con la suya, tan desconsolada, y se me puso un nudo en la garganta y enseguida se me saltaron las lágrimas. Miré para los lados por si me veía alguna amiga del grupo, porque me daba un poco de vergüenza ponerme a llorar por ver llorar a una imagen, pero ya todos estaban por no sé dónde. También al suéter rojo le notaba yo que estaba a punto de echarse a llorar porque me temblaba mucho sobre la piel. Y entonces volví a mirar los ojos de La Verónica, fijo, fijo, y la luz le sacaba resplandores, ¿sabes?. Y en esto, te lo juro, va y me dice La Verónica:

-Almudena, no llores, venga..., podíamos vernos en la calle el Viernes Santo, que yo salgo en la procesión de la Congregación. Es a las cinco de la mañana, en San Juan, ¿quieres?

-Bueno- dije.

En ese momento se cortó la música. Y me quedé como abobada, sin saber qué hacer. Al poco tiempo apagaron las luces y el señor de la puerta nos metía prisa a los rezagados. Al salir del Museo he andado por la calle como obsesionada. No hacía más que pensar en lo sola que estaba La Verónica. Y es que siempre le dan este papelón a las mujeres para que lloremos. Los hombres se guardan el papel de los que juzgan, de los que torturan, como el Pilatos ese. Y los soldados. Son muy machos. ¡Peor para ellos!, así salen luego. Como mi padre que es una bestia parda.

¡Andá!, ahora que caigo, resulta que le he dicho que sí a la Verónica, que iré a verla el Viernes Santo a las cinco de la madrugada, y seguro que mi madre, como es tan tarde, no me deja salir. Y si me pongo pesada me dirá que se lo diga a mi padre. Y ya sé lo que me va a responder ése: que cuando sea mayor de edad, que no son horas para una niña (va a seguir llamándome niña hasta que me case); que a las doce, todos a casa. Menos mi hermano, claro, el mellizo, que ese tiene licencia para todo. Es que lo estoy viendo.

¿Y si no me dejan, qué hago?... Otra vez que quedo mal por su culpa, como cuando vino Celtas Cortos por las fiestas. ¡Pobre Verónica...!, con lo sola que va..., ¡qué rabia! Bueno, a lo mejor si les digo que me lo ha pedido La Verónica ... .. Sí sí, a buen sitio voy a dar, a mi padre estas cosas de iglesia le importan un rábano y mi madre se lo cree menos que tú todavía, que dice que está harta de las historias que me invento para que me deje salir mi padre por las noches, que ya seré mayor, que no hay prisa. Y que lo que tengo que hacer es estudiar. ¡Ya lo sé!, ¡ya lo sé!, no hace falta que me lo repitáis, ¿o es que saco malas notas? El que las saca es mi hermano, que no aprueba ni una, y encima él puede hacer lo que le da la gana porque es chico. ¡A la mierda!

Pero que te conste que esta historia no me la he inventado, ¿vale? Y desde luego lo de mi madre no tiene perdón, se deja avasallar por ellos. Ni ella, que es mujer, me comprende. Espero que tú sí no me falles también. Mira, el suéter me apoya, lo estoy sintiendo en los roces que me hace en la piel. (Uyy, perdóname la letra, madre mía)

¿Y qué hago yo ahora?, ¡siempre igual! Te aseguro que estoy hasta el moño de andar todo el día bajo las faldas de mi madre y no

poder quedar citada ni con La Verónica para una procesión. A esto tampoco hay derecho, ¿entiendes?, que mi hermano bien que puede salir por la noche. ¡No hay derecho!, ¡no hay derecho! Hasta el suéter lo está gritando ¿O es que también esto son obsesiones mías? ¡Qué ganas tengo de cumplir cincuenta años para no tener complicaciones en la vida!

Oye, de esto ni una palabra, ¿vale? Yo tampoco pienso contar nada, total ¿para qué?, nadie se lo va a creer. En fin, ¿sabes lo que te digo?: no pienso ponerme más este suéter rojo para salir a la calle, aunque me favorezca, que no sé qué pasa que siempre acaba complicándome la vida. Además, ya se me ha quedado pequeño. Y me oprime.

### ***EL PARIPÉ. Tatiana Hernández Menen***

Ella se levantó temprano, como siempre. Salió del dormitorio con sigilo para no molestar.

Preparó la cafetera italiana y la tostadora. Cuando los ruidos del dormitorio le hicieron saber que él estaba en pie, hizo el café y tostó una rebanada de pan. Una vez estuvo bien dorada, la untó con un poquito de ajo, tomate, le echó un chorrito de aceite y una pizquita de sal. En este orden, siempre.

Él engulló el desayuno, se levantó y se despidió con una casi inaudible “ahora vuelvo”. Como cada día, se acercaría al quiosco a por el periódico, daría su paseo matutino de treinta minutos y volvería a casa para sentarte atrás, en el patio, a leer las noticias.

Mientras él estuviera fuera ella aprovecharía para recoger la cocina, ventilar la casa, hacer la cama, pensar en qué hacer de comer... y cuando él volviera ella seguiría con sus tareas con el mayor de los silencios, para que él pudiera concentrarse en su lectura. Así había sido desde que él se jubiló.

Cuando hubo acabado con lo que venía siendo su rutina en los últimos tiempos, miró extrañada el reloj de pared. Él no había regresado. No era normal, nunca se retrasaba. A pesar de lo inusual de la situación, ella siguió con sus tareas. A las doce ya había terminado y se sentía como una extraña en su propia casa. Hacía muchos años que no pasaba tanto tiempo sola, sin aquella presencia constante.

Salió a la calle y se sentó con un leve gemido en el banco de madera en el que tomaban el fresco en los cálidos atardeceres de verano. Esas rodillas... Desde allí veía perfectamente el nacimiento de la calle. Así, en cuanto apareciera él, entraría a calentar la comida. La mesa ya estaba puesta.

Apoyó las manos en sus muslos. Se sintió pérdida, no sabía qué hacer. Un leve sueño empezó apoderarse de ella. Cerró los ojos y cayó en un suave duermevela. Entre sueños, su cabeza voló hasta su juventud muchos años atrás, en otra vida quizás, cuando le conoció a él. Ella era una niña boba de pueblo, con la cabeza repleta de pájaros. Recordó aquel verano, en el que ella pensaba hablar con padre para pedirle que la dejara ir a estudiar a la ciudad. Viviría en una residencia de monjas, no había peligro. “La hija de casa Piquero vive allí y está muy contenta”, le diría a padre. Se moría por ir a la ciudad y estudiar para maestra. Pero en junio, en el baile del día de la patrona, le conoció a él. Aquel mozo tan bien pintado se plantó delante de ella y la sacó a bailar. Y una cosa llevó a la otra.

Recuerda el día que le confesó a él sus anhelos. “No digo yo que no” dijo él. “Pero sería mejor si nos fuéramos los dos a la ciudad, he conseguido un trabajo en la fábrica de papel. Alquilarémos un pisito y una vez nuestros hijos hayan crecido puedes estudiar lo que quieras”. A ella no le pareció bien, pero no la habían educado para llevar la contrario a ningún hombre, así que aceptó.

Un ruido la despertó y le hizo abrir los ojos. Pero no era él, solo era un perro flacucho merodeando por la calle.

Se llevó la mano al vientre yermo, aquel que nunca quiso albergar vida. Cuantas miradas de reproche había tenido que soportar. Nada le había herido más que oír susurrar a su paso “mira la pobre, es que no vale”. La hicieron sentir como una mujer incompleta, inferior. Y ella rezaba llorando por las noches por un hijo. Pero nadie atendió sus suplicas.

Vivió años esperando el día en que él llegara del trabajo y le dijera que había pensado que ya era el momento de estudiar. Pero ese día no llegaba y ella no iba a sacar el tema. Una buena esposa no hace eso. Él se pasaba el día en la fábrica de papel, ella metida en casa. Alguna vez había insinuado con delicadeza la posibilidad de buscar un trabajo. Él la miraba totalmente ofendido y le decía que no les hacía falta, que ya estaba él para traer el pan a casa. No hay nada más que hablar.

“¿Qué hora será?” pensó ella. Quizás lo más prudente sería dar aviso. ¿Y si le había pasado algo? Cuando él se jubiló, hace años, volvieron al pueblo y compraron esa casita. Tal vez él se había desorientado y ahora andaba por ahí, dando vueltas sin saber donde ir.

Pensó en levantarse para telefonar a la Guardia Civil. Pero no lo hizo. Por un instante, se permitió pensar por sí sola. ¿Qué ocurriría si él no regresaba? Se horrorizó al darse cuenta de que no pensaba que sería el fin del mundo. Los primeros meses serían duros, pero ella se sobrepondría. Podía apuntarse a clases de pintura donde la nuera del Rubio. Y podría acercarse al ayuntamiento a preguntar por la Universidad de Mayores. Sabía que una vez a la semana venía una profesora de la ciudad y les daba clases a cuatro jubiladas, más o menos de su edad.

También cambiaría la nevera. Se iba de este mundo de lo vieja que era, pero él consideraba que cambiarla era un gasto innecesario, funcionaba perfectamente. Pero si él no estaba, no podría opinar.

Y llamaría a su amiga Nati. Irían juntas al mercado los martes a comprar verdura y después se echarían un café con un chorrito de anís en el bar de Pedro. Ahora no hacía eso, las mujeres de bien están en su casa cuidando de los suyos y no por los bares, como si fueran hombres.

En el patio pondría una mesa de forja con una silla para cenar en las noches de verano. A él no le gustaba, decía que había muchos mosquitos. Pero a ella no le importaba, encendería una vela de citronela y cenaría a la luz de la candela con los grillos de música de fondo.

“¿Qué haces aquí?” La voz ruda de él la sobresalto tanto que saltó de la silla. Le miró y por un instante dudó si era él o su fantasma. Se le encogió el corazón y tuvo que hacer un esfuerzo enorme por reprimir las lágrimas. “Esperarte” contestó.

Entró corriendo en la casa, como si le fuera la vida en ello. Calentó la comida, sirvió dos platos y comieron en silencio. Él acelgas rehogadas, ella sus sueños.

## **TESTIMONIOS. Cristina Martín Fuentes**

*Año 1914. Estalla la primera guerra mundial. Veinte millones de hombres parten hacia la guerra y otro equivalente de mujeres se quedan en sus casas, aguantando todo el peso económico de un país devastado.*

Hola. Perdona si no me presento, pero lo cierto es que no importa ni mi nombre, ni mi nacionalidad, ni mi aspecto.

Soy una hija, una madre, una hermana de cada uno de los hombres que han partido a luchar en una guerra de otros. Y sé que a partir de ahora podría ser una viuda, una huérfana... Otra víctima más de la guerra.

Y en estos tiempos tan duros también comparto con ellos una pesada carga.

Soy una deshollinadora, conductora de camiones, de ambulancias, camarera. Soy trabajadora en una empresa textil, donde gano la mitad que un hombre por presentar el mismo trabajo, por más esfuerzo.

Soy campesina, granjera, ganadera, trabajo de sol a sol arando, desempeñando un trabajo que, antes de que se lo llevaran, realizaba un caballo.

Soy costurera, oficinista, portera.

Soy enfermera voluntaria de Cruz Roja en un hospital de campaña.

Soy la humanidad, la bondad y la abnegación perdidas por la guerra.

Soy la última voluntad en los ojos de muchos soldados a los que se les va la vida mientras me sujetan la mano.

Soy bombera, empleadas de Correos, operadora, telegrafista, chófer.

Soy una "municionista" que trabaja doce horas seguidas en una fábrica armamentista sin calefacción, con un ruido ensordecedor, y rodeada de humo tóxico de mercurio. Día a día, sin descanso, preparo las bombas, que mañana podrían estar matando a mi hijo.

Soy limpiadora, jardinera.

Soy una soldado, que lucha en el olvidado *Batallón femenino de la muerte*, enfrentándome cada día a las burlas de muchos hombres que no me creen capacitada para ello.

Soy una artista, una pintora, una novelista que, tras haber concluido su obra cumbre, se ocultará bajo un pseudónimo, porque no quiere ser olvidada.

Yo soy toda una generación de madres, hijas y hermanas que vivieron con miedo de explorar, de abrirse a un mundo que hasta entonces las había etiquetado de débiles. Soy el grito de todas aquellas que tuvieron el valor de demostrar a la sociedad de esa época que debajo de las faldas, los invasivos corsés y de los pulcros peinados a la moda había mentes brillantes y personas capaces de sacar adelante, no solo una casa, sino todo un país en guerra.

*Año 2020. Comienzo de la pandemia. Miles de habitantes en todo el mundo se confinan en sus hogares.*

Hola de nuevo. Ha pasado algún tiempo, un siglo tal vez. Sigo siendo una hija, una madre y una hermana, pero ahora también soy una trabajadora reconocida.

Sí, los siglos han pasado, pero la situación mundial sigue necesitando de mí para conseguir que el mundo funcione.

Soy policía, ejecutiva, dentista, farmacéutica.

Soy una médica que lleva sin salir del hospital dos días, viendo llegar ambulancias, viendo entrar personas. Viendo solo salir cuerpos. Soy resistencia.

Soy una camarera, una taxista, una dependienta.

Soy esa cajera del supermercado que hoy hace doble turno expuesta al virus. Soy valor.

Soy peluquera, ingeniera, abogada, bibliotecaria.

Soy una trabajadora social a la que, tristemente, se le acumula el trabajo de forma masiva. Demasiados despidos, ERTes y familias enteras en la calle. Demasiado difícil. Soy fortaleza.

Soy una maestra que echa de menos a todos y cada uno de sus alumnos y alumnas. No puede verlos, pero dedica la mayor parte del día a contestar correos, y resolver dudas para que no se sientan desamparados. Les pregunta que tal están. Les dice que pueden, que ya queda menos, que pronto estarán todos juntos de nuevo. Soy ilusión.

Soy cocinera, secretaria, limpiadora, conserje.

Soy una artista, una pintora, una escritora que publica con su propio nombre. ¿Por qué no? Si ya no tiene miedo de mostrarle su trabajo al mundo. Soy esperanza.

Yo soy todas las generaciones que se han abierto camino a golpes y a voces. Soy todas aquellas que lucharon en mi nombre. Soy todas

aquellas que pensaron “todo lo que a mí siempre me negaron, ahora que lo disfruten ellas”.

Soy las lágrimas de una víctima de violencia doméstica, la rabia en los gritos de una madre al perder un hijo, el miedo en los pasos de una chica que vuelve a su casa sola.

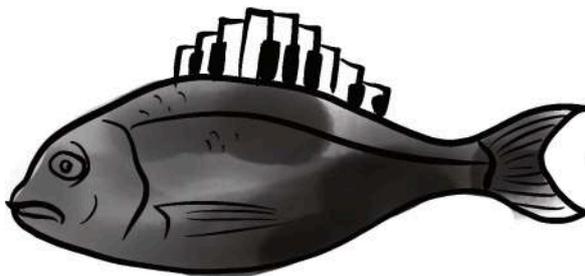
He sido el pasado, soy el presente y seré el futuro.

Soy vida.

En nuestra historia me han tachado de muchas cosas y he ostentado muchos otros títulos. He tenido muchos nombres, apellidos y nacionalidades. Mi piel, mi pelo y mi apariencia han sido completamente distintos. He vivido todas las edades. He renacido una y otra y otra vez.

Porque yo, querida lectora...

Soy una mujer.



### ***DORADA EN PAPILOTE. Goretta Pérez Ruiz***

- ¡Hola mamá! -. Dijo Ana en alto cuando abrió la puerta.
- ¡Hola, estoy en la cocina! -. Gritó su madre desde el fondo del pasillo. Estaba enfrascada limpiando la dorada que había comprado esa mañana a Ernesto ‘El Boquerón’ para la cena que tenía ese día con su hija.
- Ana entró en la cocina y le dio un beso en la mejilla a su madre.
- Hola, hija, qué tal, cómo ha ido el día; parece cansada -. Le comentó Adelina.
- Sí, estoy agotada; hoy nos ha tocado limpiar dos plantas del

hotel ¡con sus 26 respectivas habitaciones! Pero la verdad es que vengo contenta -. Dijo Ana.

- ¿Y eso? ¿qué ha pasado? -. Quiso saber su madre.

- ¿Te acuerdas que te comenté, hace unas semanas, que las chicas nos habíamos quejado al jefe porque no dábamos abasto con todo nosotras tres? -.

- Sí, hija mía, claro que me acuerdo. – Replicó la madre mientras colocaba el pescado sobre un pedazo de papel de aluminio.

- ¡Pues nos han hecho caso! Hoy se ha incorporado un chico a la plantilla -. Explicó Ana con entusiasmo, mientras cogía unas zanahorias para pelarlas y cortarlas.

Su madre, que estaba encendiendo el horno, le contestó, asombrada:

- ¿Cómo? ¿Un chico, dices? -. Preguntó.

- Sí, mamá, un chico. Se llama Rober y es muy simpático. Le he estado observando y es una maravilla limpiando -. Explicó Ana.

- ¿Pero cómo va a ser eso posible? ¿Un hombre limpiando? -. Dijo su madre de lo más alterada y con las manos en jarras.

- ¡Mamá, por favor, no seas antigua! -. Le gruñó su hija -.

Hoy en día, un hombre puede ponerse una bata y fregar suelos de la misma manera que yo podría, si quisiera, ponerme a conducir camiones, como hacía papá.

Adelina fruncía el entrecejo y sacudía la cabeza, confundida y murmurando para sus adentros. Su marido se había dedicado toda la vida a llevar mercancía por Francia y España, por lo que ella, muchas veces, se pasaba semanas sin verle. Cuando volvía a casa, siempre estaba reventado y solo tenía ganas de echarse en el sofá pero eso, a ella, no le importaba; le encantaba cuidarlo, cocinarle los potajes que tanto le gustaban y disfrutar de su compañía hasta que volvía a marcharse.

Hacia 11 años que Agustín había fallecido de cáncer de pulmón y Adelina se acordaba de él y lo añoraba todos los días.

- Hija, no sé, me parece raro. Sí, ya sé que los tiempos cambian, me lo dices siempre, pero es que no me acostumbro a estas ‘moderneces’ vuestras -. Concluyó su madre.

El calor del horno ya impregnaba toda la cocina y Ana decidió abrir una botella de vino blanco que había en la nevera para llenarse una copa hasta arriba. La velada prometía.

- ¿Mamá, quieres un poco de vino? -. le preguntó Ana.

- ¡Uy, no, quita, qué me sube la tensión! -. Contestó.

- Mamá, por un culín no te va a pasar nada pero, bueno, como

quieras -. Dijo Ana mientras colocaba las verduras cortadas en juliana sobre la dorada. Luego, echó una pizca de sal, otra de pimienta y lo tapó todo con otra lámina de papel de aluminio. Su madre abrió el horno y metió el pescado. En unos 30 minutos estarían cenando madre e hija, como cada sábado desde que Ana dejó a su novio y también padre de su adorado ratoncito, Martín.

Madre e hija ya estaban sentadas en la mesa, cenando y charlando animosamente de cosas banales de la vida. Ana no quería volver a sacar el asunto de su nuevo compañero de trabajo porque sabía que volverían a discutir.

- He apuntado a Martín a clases de piano – Soltó Ana mientras sorbía la ya tercera copa de vino.

- ¿Ah, sí? -. Se sorprendió Adelina -. Me parece estupendo y seguro que mi nieto será un gran pianista ¡Si cuando viene y pongo a Mozart se pone siempre a silbar!

- ¡Es verdad! -. Contestó Ana, riéndose. – Nos ha salido artista.

Adelina se levantó de la mesa y fue a la cocina a coger el postre, un bizcocho de pera que tenía hecho del día anterior y que le había salido buenísimo.

- A mi, de mozueta, me hubiera gustado saber tocar el piano -. Confesó Adelina, dejando a su hija totalmente sorprendida.

- ¿En serio? ¿Y cómo es que nunca me lo has comentado? -. Contestó Ana.

- Pues, hija, porque de eso hace mucho tiempo ya y eran otros tiempos. ¡Ni en sueños les habría dicho a mis padres que quería tocar un instrumento! Lo que tenía que hacer era buscarme un marido, tener hijos y cuidar la casa. Todo lo demás, paparruchadas -. Explicó su madre, con la mirada perdida y un tanto nostálgica.

- Pues ahora estamos en estos tiempos, mamá, que por suerte son otros y mejores, así que podrías apuntarte con tu nieto a piano ¡así cumples tu sueño de jovencita! – comentó Ana, con una gran sonrisa.

- ¡¿Yo?! ¡Pero qué ocurrencias tienes! A mi edad, yendo otra vez a la escuela. -. Respondió Adelina, mientras cortaba nerviosa una segunda cuña del bizcocho.

- ¿Por qué no? Si es algo que siempre has querido hacer aprovecha ahora que puedes y tienes tiempo. ¡Y no me vendas la excusa de la edad que qué yo sepa puedes seguir moviendo los dedos! -. Le instó su hija.

- Bueno, los muevo así, así, que mis 72 años no perdonan -.  
Sonrió su madre.

Adelina, que estaba saboreando con sumo placer su trozo de bizcocho de pera, no paraba de darle vueltas al asunto. Su cabeza, en ese momento, era una fábrica vieja de tuercas oxidadas y engranajes atascados que se estaba queriendo poner en marcha no sin hacer un esfuerzo titánico, levantando el polvo y la mugre de décadas de inactividad.

Ana, mientras tanto, se había levantado para poner en marcha el tocadiscos de su madre, que ya tenía puesto un vinilo de la Pequeña Serenata Nocturna de Mozart.

Le encantaba el sonido vibrante de estos aparatos antiguos, sobre todo, porque le recordaba a su infancia, cuando bailaba con su madre en el salón.

Adelina, que se levantó de la silla para empezar a recoger la mesa, le preguntó a su hija: - ¿Y esa escuela de música donde has apuntado a Martín queda muy lejos de aquí?.

### ***TANTO MONTA. Eumelia Sanz Vaca***

La esperanza, esa rama que se mece ante el hálito de las ilusiones, me invita a referir esta historia.

Había una vez un sabio que estaba muy seguro de sus teorías, pero, se equivocaba. Divulgó un error ¡tremendo error!

Eran otros tiempos..., y allá lejos, en la ciudad antigua de Hannover, al norte de Alemania, vino al mundo una criatura a quien pusieron por nombre Cristóbal Enrique Ernesto Bischoff, y, como quiera que no nació mujer, sino varón, le proporcionaron una elevada educación cultural. El chico prometía y disfrutó de grandes ventajas para la prosecución de estudios superiores y diversos.

Fue médico, insigne anatomista, eminente científico y encumbrado fisiólogo. A raíz de la fundación de la Universidad de Bonn, le fue encomendada una Cátedra de Terapéutica en la que se distinguió notablemente mientras escribía ingentes tratados científicos relativos al cráneo y al encéfalo. Seguidor de las doctrinas

de Gall, investigó sobre el peso de los cerebros humanos y llegó a sacar sus propias conclusiones: a más peso, mayor inteligencia.

**Se equivocaba el sabio, se equivocaba.**

Tras años de acumular datos observó que el peso medio del cerebro de los varones era de 1.350 gramos, mientras que el promedio para las mujeres era de 1.250.

Vivió ochenta y un años y durante toda su vida se basó en este hallazgo intentando presentar a la mujer como un ser de menores capacidades intelectuales que el hombre. Y este absurdo de la inferioridad mental de la mujer fue tomando, al paso de los tiempos, tales proporciones que, incluso hoy en día, no faltan algunos que así lo ven. Ven donde no hay.

¿Por qué no llegó a pensar que un elefante debería ser más inteligente que el hombre por tener el cerebro mucho mayor?

Amigo Bischoff, serías muy sabio pero con esa afirmación gratuita, con ese desacierto, has perjudicado a la Humanidad.

¿Es que no sabías que la energía de las funciones del cerebro no depende de su tamaño sino de su actividad?

¿Es que no sabías que las mujeres están dotadas de una viveza más pronta y de una sensibilidad más exquisita?

**El sabio no sabía** que hay ciertos insectos que poseen un tacto, un oído y un gusto sumamente delicados aunque su cerebro es sencillo y minúsculo pues la Naturaleza, con masas cerebrales extraordinariamente pequeñas, llega a producir los efectos más admirables como sucede con la hormiga o con la abeja.

**El sabio no sabía** que cantidad y calidad son cosas bien distintas y que la diferencia intelectual entre hombres y mujeres está determinada por la educación, porque tradiciones, ideas y costumbres, leyes y rutinas, el temor al ridículo y a la crítica, argumentos y opiniones, la falta de tiempo, el olvido, la carencia de cultura y la reclusión en el hogar, no han dejado que la mujer desarrolle y luzca su propia capacidad.

Y así el profesorado de párvulos no halla diferencias entre niños y niñas y si las hay son éstas: las niñas son más dóciles, más despiertas y más precoces.

**El sabio no sabía** que aunque la mujer parece más débil, soporta con mayor fortaleza penalidades y dolores.

**El sabio no sabía** que la mujer, al igual que el varón, reflexiona, compara, calcula, organiza, prevé, recuerda, observa..., ya que su cerebro, que es un instrumento del alma, no es menos apropiado que el del varón para las profundas meditaciones y los elevados

pensamientos; y que sus emociones específicas -origen de muchas tristezas y fuente muchos gozos- son un instrumento potencial de aptitudes muy valiosas.

**¡Cuántas cosas el sabio no sabía!**

A su muerte, donó su cerebro para el estudio. El análisis indicó que el cerebro del relevante fisiólogo pesaba 1.235 gramos, es decir, ¡menos que el del peso medio del de las mujeres!

**Eso el sabio no lo sabía.**

Amigo Bischoff: ¡Cuánto daño habéis hecho a la Humanidad menospreciando al género femenino, postergándolo al anonimato, tú y otros muchos, con absurdas y erróneas afirmaciones! Y así, ¡cuántos talentos se han perdido!, ¡cuántos proyectos han quedado sin alas...!, ¡cuántos valores se han desperdiciado de esa mitad de los seres de la Humanidad!

¡Qué falta tan indebida de atención!, ¡qué exclusión de las tareas honorables! La antigua educación social ha deformado el potencial magno de los valores que hombres y mujeres poseen arraigados en igual medida.

Hombre y mujer sujetos, atrapados por nuestra sociedad, en sus papeles tan tradicionales, ha mermado libertad a los dos. Libertad y desarrollo de sus cualidades.

Dado que el mundo es una mesa redonda, ¿por qué, pues, ha de existir la cabecera?

Alejando la resignación y la sumisión, se irá superando con el tiempo, la tenacidad y la esperanza; esperanza de oportunidades, de igualdad, de acercamiento mutuo entre hombres y mujeres para compartir los trabajos de la vida fuera y dentro del hogar, para que las mujeres no sean esa mitad de los seres humanos a la que siempre le toque perder. Esperanza de comprensión y de ayuda para que al vivir el milagro de la maternidad -que tantos sufrimientos físicos genera- y realizar la doble tarea de la profesión y las responsabilidades domésticas, se tengan la dignidad y el tiempo que corresponden para poder seguir creciendo como personas, para cultivar el valor extraordinario de la amistad, para hacer felices a los que nos rodean, para poder soñar...

No es un soñar con privilegios ni con poderes, tan sólo se anhela la equidad, ser personas que puedan colmar su medida en consecuencia con sus capacidades. Y que no haya metas, topes, restricciones, prejuicios que cohíban, y que nunca resulten menospreciadas por el hecho real de ser mujeres.

Lentamente se va ganando el sitio correspondiente pues sería una necesidad muy grande que a causa de opresiones y costumbres siguieran las mujeres pospuestas sin necesidad alguna. Preciso es repartir el trabajo y la alegría de cuidar a los hijos y colaborar de lleno con la esposa las responsabilidades del hogar. Dignísima tarea compartida para que mejore la suerte femenina y se pueda estar - hombre y mujer- siempre a la misma altura, melena de la campana que diga al mundo con su fuerte acento el pregón de la paz para el futuro...

### ***LA REALIDAD EVOCADA. Lara Pilar Sosa Ferrera***

¿Qué es ser mujer? —preguntó Raúl, mientras le daba a Marta la cerveza que erróneamente (o no tan erróneamente) el camarero le sirvió a él y no a ella.

*Enfrente, un anuncio publicitario sobre un perfume muestra a una mujer semidesnuda en una posición vejatoria con actitud pasiva, mientras un hombre con traje, que se encuentra encima de ella, tiene intención de mantener relaciones sexuales. Un adolescente que pasaba por allí lo mira y bromea con sus amistades.*

Marta, que había estudiado un Máster Universitario en Estudios de Género, lo vio como un reto.

—Te puedo dar la respuesta larga o la respuesta corta, ¿qué prefieres?

—Tú y yo sabemos que vas a darme la larga—La curvatura que asomaba en los labios de Marta dio comienzo a su diálogo.

—Dime, ¿qué es ser hombre?

—¿Qué? ¿Qué tendrá que ver una cosa con la otra? Los hombres no son iguales que las mujeres.

Raúl hizo una breve pausa mientras Marta le miraba esperando una respuesta. Pensó y dudó, oía pero no escuchaba, miraba pero no observaba, y contestó:

—Diría que los hombres tenemos que ser valientes, fuertes, dominantes... —Marta le interrumpió.

—No te estoy pidiendo que me digas qué es lo que la sociedad ha incrustado en tu inconsciente tras años de flagelación cultural. Quiero escuchar qué eres, no qué debes ser.

—Pues... Soy una persona. Soy emociones, pensamientos y creencias. Busco la armonía conmigo mismo y los demás, aunque a veces no lo consiga.

—¿Y qué es ser mujer?

Como un reflejo automático a un ‘¿Cómo estás? Bien, ¿y tú?’, Raúl pensó en maquillaje, tacones altos, debilidad y sumisión, pero rápidamente desechó esa idea. En realidad, pensaba lo mismo que había dicho sobre los hombres—Marta prosiguió.

—¿Y crees que has sido una persona toda tu vida? ¿O has sido la mochila de constructos y clasificaciones sociales que cargas a tu espalda?

*A su lado, un grupo de mujeres celebran el embarazo de una de ellas regalándole a su hija no nata vestidos rosas y muñecas.*

De repente, Raúl se vio a sí mismo con siete años jugando con las muñecas de su hermana, y recordó cómo mamá se enfadó y se las quitó; con once jugando al fútbol con sus amigos mientras los adultos le decían a las niñas que no podían jugar porque se harían daño; con trece peleándose con un compañero de clase, ‘¡Pegas como una chica!’, resonaba en su cabeza; con dieciséis acompañando a su padre a llevar el coche al mecánico mientras su hermana iba con su madre al supermercado; con dieciocho ya era el hombre de la casa.

Así, un sinfín de recuerdos burbujeaban en su cabeza, y como si Marta fuese Virgilio acompañando a Dante por los suburbios de los estratos patriarcales, observó y escuchó. Se dio cuenta de que no es qué, es cómo: cómo ser una mujer en una sociedad donde el único punto de vista es el androcéntrico, donde ‘el hombre ha pisado la luna’ y una tal Valentina era olvidada en el espacio, donde el techo de cristal se vuelve hormigón, donde muchas veces quedarte embarazada es igual a un apretón de manos y una carta de despido, donde las mujeres acaban en un suelo aún más pegajoso al intentar saltar la brecha de género, donde volver a casa sola es un deporte de riesgo y un ‘¿llevaba usted falda?’ se convierte en la excusa estructural del sistema.

*Detrás, un chico cabizbajo y con lágrimas en los ojos se reunía con sus amigos. ‘¿Estás llorando porque has discutido con tu madre? ¡Qué infantil!’ —decía uno de ellos.*

Estamos rodeados de estereotipos que crean raíces en nuestra mente y se pudren de tanto regarlas, de roles de género que te obligan a moldearte para encajar dentro del puzzle y de prejuicios que ya no son pre. Categorizamos la realidad para poder digerirla, escupirla y

luego reflejarnos en ella a nuestra imagen y semejanza. ¿La nuestra? Sí, sí. Y no te salgas de la norma, o las miradas amenazantes y los dedos juiciosos dictarán tu sentencia.

*Desde la televisión del bar, las noticias pasaban desapercibidas: 'Según la OMS, una de cada tres mujeres sufre violencia física o sexual, número que se ha exacerbado tras los confinamientos de la pande...'*

Somos a la vez mujeres y hombres, somos masculinidad y feminidad. Y si somos un continuo de carne y hueso, de fuerza y vulnerabilidad, de delicadeza, de valentía, de emociones... el límite dual desaparece y simplemente: somos.

—Marta, creo que ya lo entiendo todo—pero Dante sólo había bajado el primer escalón.

—Raúl, esa era la respuesta corta.

### ***DÉJATE LLEVAR. Mariam Vicente Copete***

—Déjate llevar —susurró.

—Déjate llevar —repitió, y mi orgullo masculino sintió el disparo en plena línea de flotación.

Acababa de sacarla a bailar, ella toda volantes y frufú, con esa flor blanca junto a la oreja que hacía su sonrisa más blanca todavía, y ya la había pisado dos veces.

—Déjate llevar —volvió a musitar, su voz como algodón suave, junto a mi oído—, el vals es pasión contenida, emoción en estado puro.

Y yo la miré, mudo. Yo, que pretendía presumir de mi recién adquirida habilidad para danzar, no la entendí.

«En el baile, los que guían son los hombres», siseó la voz dormida de mi padre al fondo de mi conciencia, «en el baile y en la vida, no lo olvides». Era una de sus máximas, una de las que siempre repitió hasta el fin de sus días.

Intenté coger el ritmo y la volví a pisar.

Ella se rio, con una risa clara y cristalina, que agitó el poso de mis sentimientos:

—¡Pero mira que eres torpe! Si para todo eres así... — exclamó con picardía, mientras el aguamarina de sus ojos estallaba

en brillos mil.

¡Cuánta provocación en alguien que no me conocía en absoluto! ¡Cómo se atrevía a llamarme torpe! Pero un algo desconocido hasta entonces me empujó a conocer más a esa muchachita que bailaba como los ángeles.

Sin embargo, mi ego seguía rebelándose, y el día de nuestra boda volví a pisarle los bajos del vestido por no hacerle caso y negarme a que ella guiara mis pasos.

No pienso echarle la culpa a nadie, crecí en los años setenta, con unos padres nacidos en la dictadura donde mi madre le pedía permiso a mi padre para cada céntimo que gastaba, para cada paso que daba, y él lo veía normal.

Coqueteábamos con la democracia y gritábamos libertad, pero yo también veía normal que mi hermana ayudara a mi madre a recoger la mesa mientras yo me sentaba con mi padre a ver el partido. Y el hecho de que ella refunfuñara hasta la saciedad me resultaba, incluso, sumamente cómico.

«Hijo», repetía siempre mi padre que en paz descanse, «hazte respetar en casa porque si no nadie te respetará fuera». Y después pegaba un par de gritos para justificar una actitud que para él era incuestionable. Gritaba fuerte, no fuera a ser que alguien descubriera que en realidad era un pedazo de pan incapaz de pasar por encima de nadie.

Años después, siento que me equivoqué.

Laura siempre intentó, con prudencia, reconducir mis palabras, mi forma de actuar, para que nuestras hijas no percibieran mi machismo ni mi insolidaridad. Pero yo no escuché.

—Papá hoy está cansado, ha tenido mucho trabajo.

—¡Y tú no! —protestaba la pequeña, siempre tan rebelde, la defensora de las causas perdidas.

Claro que estaba cansada, porque trabajaba, y más que yo. En el despacho donde era administrativa a media jornada, y también llevando la casa, acudiendo a las reuniones con los profesores de las niñas a las que yo nunca asistí, a las citas con los médicos, poniendo lavadoras, o haciendo deberes de matemáticas. Pero siempre dando amor. Amor a raudales.

¿Y dónde estaba yo? Siguiendo las instrucciones de mi padre, aquellas que me grabó a fuego en el alma en cuanto tuve uso de razón. Trabajaba, sí, mucho y muy honradamente, y eso sacaba a la familia adelante, pero no fue suficiente.

Si le hubiera hecho caso. Si me hubiera dejado llevar...

Hoy veo a mis hijas, mujeres hermosas y responsables, que debieron aprender de su madre que no debían dejarse pisar el vestido al bailar. Ellas dejan sin miedo a sus hijos recién nacidos en brazos de sus maridos para salir al mundo e intentar conquistarlo. Y lo que al principio me resultaba insólito, me produce una fuerte punzada de envidia al ver cómo esos padres jóvenes miran con arrobó a sus bebés, con esa intimidación que yo nunca llegué a tener con mis hijas.

Hoy, que he tenido que aprender a cocinar lo básico para no morirme de hambre, me reprocho a mí mismo no haberlo hecho antes, haberme remangado alguna de aquellas tardes de domingo en que ella preparaba comidas que envasaba para toda la semana mientras yo leía el periódico, indolente, en un rincón.

Hoy, que te has ido para siempre víctima de un cáncer traidor, quiero decirte lo mucho que te echo de menos, amor. Lo mucho que me arrepiento de no haberme dejado llevar por ti, olvidando convencionalismos estúpidos respecto a la superioridad de los hombres que en realidad solo eran una patraña para ocultar la verdad: que las mujeres sois más fuertes y valientes de lo que nosotros queremos ver.

Tú intentaste enseñarme a bailar, y yo me empeñé en pisarte los pies. Aún así, siempre saliste vencedora de todas las batallas. De todas menos de una, la definitiva, aquella que te alejó prematuramente de todos nosotros, esa en la que tampoco supe estar a la altura.

Tengo miedo. Miedo de tener miedo, de sufrir y llorar, porque en mi mente aún oigo a mi padre reñirme cuando lo hago, como cuando era un crío y dejaba escapar una lágrima.

Pero el amor mueve montañas, y yo aún te quiero, y te necesito, aunque tan solo pueda ya adorar tu recuerdo. Te necesito para seguir viajando por la vida, para darme fuerza.

Porque ya no tengo reparos en reconocer que soy un torpe, un inútil, y sin ti a mi lado siento que me ahogo hasta morir.

Quizá no sea tarde para rectificar, quizá aún pueda gritar a los cuatro vientos tu verdad: que en la vida, como al bailar, hay que saber dejarse llevar.







